



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA  
MUJER DE TREINTA AÑOS

A LUIS BOULANGER, PINTOR

I

PRIMERAS FALTAS

A principios del mes de abril de 1813, hubo un domingo cuya mañana prometía uno de esos hermosos días en que los parisienses ven por primera vez del año las aceras sin barro y el cielo sin nubes. Antes del mediodía, un cabriolé de lujo, tirado por dos arrogantes caballos, desembocó en la calle de Rivoli, por la calle de Castiglione, y se detuvo detrás de varios carruajes estacionados delante de la reja recientemente abierta en medio de la terraza de los Feuillants. Este ligero coche iba guiado por un hombre al parecer averiado y enfermizo: algunos cabellos entrecanos cubrían apenas su amarillo cráneo, y le hacían parecer viejo antes de tiempo. Una vez parado el coche, dicho sujeto entregó las riendas al lacayo que le seguía á caballo, y bajó para tender los brazos á una joven cuya simpática hermosura llamó la atención de los ociosos que á la sazón paseaban por la terraza. La personita de que hablamos se dejó coger complacientemente por el talle, cuando estuvo de pie en el borde del coche, y pasó sus brazos alrededor del cuello de su guía, el cual la colocó en la acera sin haber arrugado los

adornos de su vestido de seda verde. Un amante no hubiera hecho esta operación con más cuidado. El desconocido debía ser el padre de esta niña, que, sin darle las gracias, le tomó familiarmente el brazo y lo condujo bruscamente hacia el jardín. No dejó el anciano padre de notar las asombradas miradas de algunos jóvenes, contribuyendo éstas á que desapareciese por un momento la tristeza que nublaba su rostro. Aunque hubiese llegado hacía ya tiempo á la edad en que los hombres tienen que contentarse con los engañosos goces que proporciona la vanidad, se sonrió.

—Green que eres mi mujer—dijo al oído á la joven, irguiéndose y andando con una lentitud que le desesperaba.

Parecía estar orgulloso de su hija, y, sin duda, gozaba más que ella con las ojeadas que los curiosos dirigían á sus piececitos calzados con borcegues de lana, á su delicioso talle dibujado por una bata con pechera y á su fresco cuello que una gorguera bordada no acababa de ocultar por completo. Los movimientos de la marcha levantaban á veces la falda de la joven y permitían ver, por encima de los borcegues, la redondez de una pierna delicadamente modelada y provista de hermosas medias de seda. Por todo esto, más de un paseante procuró pasar delante de la pareja para admirar ó volver á ver el joven rostro en torno del cual se movían algunos rizos de cabellos negros, y cuya blancura y hermoso color estaban realzados, tanto por los reflejos del satén rosa que servía de forro á una elegante capota como por el deseo y la impaciencia que chispeaban en todas las facciones de aquella hermosa joven. Picaresca malicia animaba sus hermosos y rasgados ojos negros, provistos de largas pestañas y coronados por arqueadas cejas. La vida y la juventud prestaban sus tesoros á aquel travieso rostro y á aquel busto, gracioso aún, á pesar del cinturón que á la sazón llevaba. Insensible á los homenajes, la joven miraba con una especie de ansiedad hacia el palacio de las Tullerías, objeto, sin duda, de su impetuoso paseo. Eran las doce menos cuarto. Aunque la hora era temprana, varias mujeres, que habían salido, sin duda, para lucir sus atavíos, volvían ya del palacio, no sin volver la cabeza con aire de enfado, como si sintiesen haber llegado demasiado tarde para gozar de un espectáculo deseado. Algunas palabras, hijas del mal humor de aquellas hermosas paseantes contrariadas, que fueron cogidas al vuelo por la bonita desconocida, la inquietaron

de un modo singular. El anciano espía con ojos más bien curiosos que burlones las muestras de impaciencia y de temor que se dibujaban en el rostro encantador de su compañera, y, sin duda, la observaba con demasiado cuidado para que no tuviese algún oculto pensamiento paternal.

Aquel domingo era el décimo tercero del año 1813. Dos días después, Napoleón partía para aquella fatal campaña, durante la cual iba á perder sucesivamente Bessieres y Duroc, iba á ganar las memorables batallas de Lutzen y de Bautzen, iba á verse traicionado por Austria, Sajonia, Baviera y por Bernadotte, é iba á reñir la terrible batalla de Leipsick. La magnífica gran parada ordenada por el emperador iba á ser la última de las que por tanto tiempo excitaron la admiración de los parisienses y de los extranjeros. La antigua guardia iba á ejecutar por última vez las sabias maniobras cuya pompa y decisión llegaron á asombrar á aquel gigante que se disponía á la sazón á luchar contra Europa. Un triste sentimiento llevaba á las Tullerías á una curiosa y brillante concurrencia. Todos parecían adivinar el porvenir y acaso presentían que más de una vez le tocaría á la imaginación forjar el cuadro de aquella escena, cuando aquellos tiempos heroicos de Francia adquiriesen, como ocurre hoy, tintes casi fabulosos.

—Vamos pronto, papá—decía la joven con aire picaresco arrastrando al anciano.—Ya oigo los tambores.

—Son las tropas que entran en las Tullerías—respondió el anciano.

—O que desfilan... porque todo el mundo vuelve—replicó la muchacha con una infantil amargura que hizo sonreír al anciano.

—La gran parada no empieza hasta las doce y media—dijo el anciano, que iba casi detrás de su impetuosa hija.

Al ver el movimiento que imprimía á su brazo derecho, cualquiera hubiera dicho que se servía de él como ala para correr. Su manita, perfectamente enguantada, arrugaba impaciente un pañuelo, y se parecía al remo de una barca que hendiese las olas. El anciano se sonreía á intervalos, pero también se veía á veces que su enjuto rostro se entristecía, á causa, sin duda, de pasajeras inquietudes. Su amor por aquella hermosa criatura le hacía admirar tanto el presente como temer al porvenir. Parecía decirse: «Es feliz hoy, ¿lo será siempre?» Pues los ancianos son bastante incli-

nados á creer que sus penas han de turbar el porvenir de los jóvenes. Cuando el padre y la hija llegaron al peristilo del pabellón, en cuya cima flotaba la bandera tricolor, y por el cual van y vienen los paseantes desde el jardín de las Tullerías al Carroussel, los empleados les gritaron con voz grave:

—¡Ya no se puede pasar!

La joven se levantó sobre la punta de sus pies y pudo entrever una multitud de mujeres elegantísimas que llenaban los dos lados del antiguo arco por donde el emperador debía salir.

—Ya lo ves, papá, hemos salido demasiado tarde.

Y la mueca de pesar que hizo denotaba el ardiente deseo que había tenido de asistir á aquella revista.

—Pues bien, Julia, vámonos; ya sé que no te gusta meterte en las apreturas.

—No, papá, quedémonos. Desde aquí, aun puedo ver al emperador; si éste llegase á perecer durante la campaña, ya no podría verle nunca.

Al oír estas egoístas palabras, el anciano se estremeció: su hija parecía contener el llanto al pronunciar estas palabras; la miró y creyó notar en sus medio cerrados párpados algunas lágrimas, causadas más bien que por el despecho, por uno de esos primeros pesares cuyo secreto le es tan fácil adivinar á un anciano padre. De pronto, Julia se sonrojó y lanzó una exclamación cuyo sentido no fué comprendido ni por los centinelas ni por el anciano. Al oír este grito, un oficial, que iba del patio á la escalera, se volvió bruscamente, llegó hasta el arco del jardín, reconoció á la joven á través de los penachos de los granaderos, y levantó inmediatamente para ella y para su padre la consigna que acababa de dar; después, sin hacer caso alguno de los murmullos de la multitud elegante que quedaba fuera, atrajo suavemente hacia sí á la encantada joven.

—Si estabas tú de servicio, ya no me asombra ni su cólera ni sus prisas—dijo el anciano al oficial, con aire tan serio como burlón.

—Señor duque—respondió el joven,—si quieren ustedes coger buen sitio, no nos entretengamos en hablar. Al emperador no le gusta esperar, y acabo de recibir del gran mariscal la orden de que vaya á avisarle.

Al mismo tiempo que hablaba, tomaba con una especie de

familiaridad el brazo de Julia y se la llevaba rápidamente hacia el Carrousel. Julia vió con asombro una multitud inmensa que se apiñaba en el pequeño espacio comprendido entre las murallas grises del palacio y los límites formados por cadenas que dibujan grandes cuadrados en medio del patio de las Tullerías. El cordón de centinelas formado para dejar paso libre al emperador y á su estado mayor, sólo con trabajo podía cortar el paso á aquella abigarrada y bulliciosa multitud.

—¿De modo que el espectáculo va á ser hermosísimo?—preguntó Julia sonriendo.

—¡Cuidado!—exclamó el oficial cogiendo á Julia por el talle y levantándola con tanto vigor como rapidez para transportarla al lado de una columna.

A no ser por esta rápida operación, su curiosa parienta hubiera chocado con la grupa del caballo blanco, enjaezado con una silla de terciopelo verde y oro, que el mameluco de Napoleón tenía por la brida, casi bajo el arco, á diez pasos más atrás de todos los caballos que esperaban á los grandes oficiales que habían de acompañar al emperador. El joven colocó al padre y á la hija al lado de la primera línea de soldados de la derecha, delante de la multitud, y los recomendó con un movimiento de cabeza á los dos viejos granaderos que estaban junto á aquéllos. Cuando el oficial volvió al palacio, su rostro tomó un aire de alegría y de dicha, y abandonó el de espanto, que el recule del caballo le había causado. Julia le había estrechado misteriosamente la mano, ora para darle las gracias por el pequeño favor que le había hecho, ó ya para decirle: «¡Por fin voy á verle á usted!»; y hasta inclinó graciosamente la cabeza, respondiendo al gracioso saludo que el oficial hizo á ella y á su padre antes de desaparecer á toda prisa. El anciano, que parecía haber dejado á intento juntos á los dos jóvenes, permanecía en una actitud grave, algo detrás de su hija, pero observándola á hurtadillas y procurando inspirarle una falsa seguridad fingiendo que estaba absorbido en la contemplación del magnífico espectáculo que ofrecía el Carrousel. Cuando Julia dirigió á su padre sus tímidos ojos, cual colegial inquieto que mira á su maestro, el anciano le respondió con una sonrisa llena de benévola alegría; pero sus penetrantes miradas habían seguido al oficial hasta el arco y ningún incidente de esta rápida escena se le había escapado.

—¡Qué hermoso espectáculo!—dijo Julia en voz baja apretando la mano á su padre.

El grandioso y magnífico espectáculo que ofrecía en aquel momento el Carrousel hacía pronunciar esta exclamación á millares de espectadores, á los que la admiración hacía estar con la boca abierta. Otra fila de gente, tan apiñada como aquella de que formaban parte el anciano y su hija, ocupaba, en línea paralela al castillo, el espacio estrecho y embaldosado que sigue la dirección de la reja del Carrousel. Esta multitud acababa de dibujar, con la variedad de los tocados y adornos de las mujeres, el inmenso y prolongado cuadrado que forman las construcciones de las Tullerías y aquella reja que á la sazón había sido recientemente colocada. Los regimientos de la antigua guardia que iban á ser revisados llenaban este vasto terreno, formando enfrente del palacio imponentes filas azules de diez en fondo. Al otro lado del recinto y en el Carrousel se veían otras filas paralelas, varios regimientos de caballería y de infantería dispuestos á desfilar por el arco triunfal que adorna el centro de la reja, y en cuya cima se veían en aquella época los magníficos caballos de Venecia. Las músicas de los regimientos, colocadas en la parte inferior de las galerías del Louvre, estaban defendidas por los lanceros polacos de servicio. Una gran parte del enarenado cuadrado permanecía vacía cual si fuese una palestra preparada para los movimientos de aquellos cuerpos silenciosos cuyas masas, dispuestas con la simetría del arte militar, reflejaban los rayos del sol en las triangulares hojas de sus diez mil bayonetas. El aire, agitando los penachos de los soldados, los hacía ondear cual si fuesen árboles de un bosque encorvados por impetuoso viento. Aquellas antiguas filas, mudas y brillantes, ofrecían mil contrastes de colores, que eran debidos á la diversidad de los uniformes, del correaje, del armamento y de los galones. Este inmenso cuadro, miniatura de un campo de batalla antes del combate, estaba poéticamente encuadrado con todos sus accesorios y extravagantes accidentes, por las elevadas construcciones cuya inmovilidad parecían imitar jefes y soldados. El espectador comparaba involuntariamente aquellos muros de hombres con aquellos muros de piedra. El sol de la primavera, que proyectaba profusamente su luz sobre los muros blancos construídos recientemente y sobre los muros seculares, iluminaba por completo aquellas innumerables figuras, que

contaban gravemente peligros pasados y que esperaban con paciencia los futuros. Los coroneles de cada regimiento iban y venían solos por delante de las filas que formaban aquellos heroicos hombres. Detrás de las masas de estas tropas abigarradas de plata y azul, de púrpura y oro, los curiosos podían percibir las banderolas tricolores que ondeaban en las lanzas de seis infatigables caballeros polacos, los cuales, semejantes á los perros que conducen á un rebaño á lo largo del campo, corrían sin cesar entre las tropas y los curiosos á fin de impedir que estos últimos traspasasen el pequeño espacio de terreno que les estaba concedido al lado de la reja imperial. La brisa de primavera, que acariciaba los penachos de los granaderos, confirmaba la inmovilidad de los soldados, del mismo modo que el sordo murmullo de la multitud hacía resaltar su silencio. Sólo de vez en cuando, el sonido de algún bombo ó el ligero golpe dado por inadvertencia en un tambor y repetido por los ecos del palacio imperial, se oían, pareciéndose á esos lejanos truenos que anuncian la tempestad. Un entusiasmo indescriptible animaba á aquella impaciente multitud. Francia iba á decir adiós á Napoleón la víspera de una campaña cuyos peligros no eran ignorados por ningún ciudadano. Para el imperio francés, aquella vez se trataba de ser ó de no ser. Este pensamiento parecía animar á la población civil y á la militar, que se estrechaban, igualmente silenciosas, dentro del recinto donde se cernían el águila y el genio de Napoleón. Aquellos soldados, esperanza de Francia, aquellos soldados, su última gota de sangre, eran en gran parte causa de la curiosidad de los espectadores. Entre muchos curiosos y militares hubo tiernas despedidas, que, sin duda, fueron eternas; pero todos los corazones, hasta los más hostiles al emperador, dirigían al cielo ardientes votos por la gloria de la patria. Los hombres más cansados de la lucha entablada entre Europa y Francia, hablan cedido en sus odios, al pasar por debajo del arco de triunfo, comprendiendo que el día del peligro Napoleón era el todo para Francia. El reloj del palacio dió una media, y en este momento los murmullos de la multitud cesaron y el silencio se hizo tan profundo, que se habría oído volar á una mosca. El anciano y su hija, que sólo parecían vivir con los ojos, oyeron entonces un ruido de espuelas y de choque de espadas, que resonó bajo el sonoro peristilo del palacio.

Un hombrecito bastante gordo, que vestía uniforme verde, pantalón blanco, y que calzaba medias botas, apareció de pronto, conservando en la cabeza un sombrero de tres picos, tan célebre como el hombre mismo que lo llevaba. La ancha cinta roja de la Legión de honor lucía en su pecho, y una pequeña espada pendía de su cintura. El hombre aquel fué visto á la vez por todos los ojos, desde todos los puntos de la plaza. Acto continuo, los tambores sonaron, y las dos orquestas debutaron con una nota cuya expresión guerrera repitieron todos los instrumentos, desde la flauta más dulce al atronador tambor. Al oír aquel bélico concierto, las almas se estremecieron, las banderas saludaron y los soldados presentaron las armas haciendo un movimiento unánime y regular que agitó los fusiles desde la primera fila hasta la última de las que había en el Carrousel. Voces de mando corrieron de fila en fila y se repitieron cual si fuesen ecos. Gritos de «¡Viva el Emperador!» fueron lanzados por la multitud entusiasta. Finalmente, todo se animó, todo se movió, todo se estremeció: Napoleón había montado á caballo. Este movimiento había comunicado vida á aquellas masas silenciosas, voz á los instrumentos, movimiento á las águilas y á las banderas y viva emoción á todos los rostros. Las paredes de las elevadas galerías de aquel antiguo palacio parecían gritar también: «¡Viva el Emperador!» Aquello no fué nada humano; fué una magia, un simulacro del poder divino, ó, mejor dicho, una imagen fugitiva de aquel fugitivo reino. El hombre, rodeado de tanto amor, de tanto entusiasmo, de tanta adhesión, de tantos votos, aquel para quien el sol había alejado las nubes del cielo, permaneció en su caballo, á tres pasos delante del pequeño y brillante escuadrón que le seguía, llevando á su izquierda al gran mariscal y á su derecha al mariscal de servicio. En medio de tantas emociones provocadas por él, ningún músculo de su rostro pareció contraerse.

—¡Oh! sí. En Wagram, en medio del fuego, en la Moscowa, entre los muertos, él está siempre tranquilo como Bautista.

Esta respuesta á numerosas interrogaciones fué dada por el granadero que se hallaba al lado de la joven. Julia quedó un momento absorta en la contemplación de aquella cara cuya tranquilidad indicaba la gran seguridad que de su poder tenía. El emperador vió á la señorita de Chatillonest,

y se inclinó hacia Duroc para decirle una corta frase que hizo sonreír al gran mariscal. Las maniobras empezaron. Si hasta entonces había prestado la joven su atención al rostro impasible de Napoleón y á las líneas azules, verdes y encarnadas de las tropas, en este momento, en medio de los rápidos y regulares movimientos ejecutados por aquellos veteranos, se ocupó casi exclusivamente de un joven oficial que corría á caballo por entre las movilizadas líneas, y que volvía con infatigable agilidad hacia el grupo á cuya cabeza brillaba el sencillo Napoleón. Aquel oficial montaba un soberbio caballo negro, y llamaba la atención, en medio de aquella vistosa multitud, por el hormoso uniforme azul celeste de los oficiales del estado mayor de Napoleón. Sus galones brillaban de tal modo al sol, y el penacho de su estrecho y largo shako despedían tan brillantes resplandores, que los espectadores debieron compararle á un fuego fatuo, á un alma visible, encargada por el emperador de animar y conducir aquellos batallones cuyas ondulentas armas despedían llamas cuando, á una sola seña de sus ojos, chocaban, se reunían, daban vueltas como las ondas de un remolino, ó pasaban ante él como aquellas oleadas largas, rectas y elevadas que el Océano enfurecido dirige hacia sus costas.

Cuando las maniobras terminaron, el oficial de estado mayor corrió á todo galope y se detuvo delante del emperador para esperar sus órdenes. En este momento estaba á veinte pasos de Julia, enfrente del grupo imperial y en una actitud bastante semejante á aquella en que Gerard colocó al general Rapp en el cuadro de la *Batalla de Austerlitz*. Entonces pudo la joven admirar á su amante en todo su esplendor militar. El coronel Víctor de Aiglemont, que apenas contaba treinta años, era alto, bien formado, esbelto, y sus hermosas proporciones nunca se notaban mejor que cuando empleaba su fuerza en dirigir un caballo, cuyo elegante y flexible lomo parecía encorvarse bajo su peso. Su rostro moreno y varonil poseía ese inexplicable encanto que la perfecta regularidad de facciones comunica á las caras de jóvenes. Su frente era ancha y espaciosa. Sus ojos de fuego, defendidos por largas pestañas y sombreados por espesas cejas, se dibujaban como dos óvalos blancos entre dos líneas negras. Su nariz ofrecía la graciosa curvatura del pico de águila. El color purpúreo de sus labios estaba realzado por las sinuosidades del imprescindible bigote negro. Sus

anchas y coloradas mejillas ofrecían tonos morenos y amarillos que denotaban un extraordinario vigor. Su cara, una de esas caras que la bravura ha marcado con su sello, era el tipo de esas que busca hoy el artista cuando quiere representar á uno de esos héroes de la Francia imperial. El caballo, empapado en sudor, y cuya agitada cabeza expresaba su extrema impaciencia, con los pies delanteros separados y colocados en línea recta, hacía flotar las largas crines de su espesa cola, y su abnegación era una imagen material de la adhesión que su amo sentía por el emperador. Al ver á su amante tan ocupado en interpretar las miradas de Napoleón, Julia sintió por un momento celos al pensar que aun no la había mirado. De pronto, el soberano pronunció una palabra, y Víctor hiere los ijares de su caballo y sale al galope; pero la sombra de un poyo, proyectada sobre la arena, asusta al animal, que tiembla, recula y se encabrita tan bruscamente, que el jinete parece estar en peligro. Julia lanza un grito, palidece, la miran todos con curiosidad, pero ella no ve á nadie: sus ojos permanecen fijos en aquel fogosísimo caballo que el oficial castiga al mismo tiempo que corre á repetir las órdenes de Napoleón. Estos asombrosos cuadros absorbían de tal modo á Julia, que, sin darse cuenta, se había agarrado al brazo de su padre, al cual revelaba involuntariamente sus pensamientos con la presión más ó menos viva de sus dedos. Cuando Víctor estuvo á punto de ser derribado por el caballo, se agarró aun más violentamente á su padre, como si ella misma hubiese estado en peligro de caer. El anciano contemplaba con sombría y dolorosa inquietud el emocionado rostro de su hija, y sus múltiples arrugas denotaron á la vez sentimientos de piedad, de celos y hasta de pesar. Pero cuando el insólito brillo de los ojos de Julia, el grito que acababa de lanzar y el movimiento convulsivo de sus dedos acabaron de revelar la existencia de un amor secreto, es indudable que debió presentir tristísimas cosas para el porvenir, pues su cara tomó entonces una expresión siniestra. En aquel momento, el alma de Julia parecía haberse transportado á la del oficial. Un pensamiento más cruel que todos los que hasta entonces habían asustado al anciano, crispó los rasgos de su impaciente cara cuando vio que Aiglemont cambiaba, al pasar por delante de ellos, una mirada de inteligencia con Julia, cuyos ojos estaban humedecidos por las lágrimas y cuyo rostro había adquirido una

vivacidad extraordinaria. El anciano arrastró bruscamente á su hija hacia el jardín de los Tullerías.

—Pero, padre mío—decía Julia,—si aun hay en la plaza del Carrousel regimientos que van á maniobrar.

—No, hija mía, todas las tropas desfilaron ya.

—Me parece, papá, que se engaña usted; el señor de Aiglemont ha debido hacerles avanzar.

—Hija mía, estoy sufriendo y no puedo permanecer más aquí.

No costó gran trabajo á Julia dar fe á su padre cuando fijó sus ojos en él y vio el aire abatido que le comunicaban sus inquietudes paternas; pero estaba tan preocupado, que le preguntó con indiferencia:

—¿Sufre usted mucho?

—Cada día que pasa ¿no es acaso un día de indulto que nos concede la Providencia?—respondió el anciano.

—¿Va usted á afligirme hablándome de su muerte? ¡Estaba tan alegre! ¿Quiere usted dejar sus feos y negros pensamientos?

—¡Ah!—exclamó el padre exhalando un suspiro—¡niña mimada! ¡los mejores corazones son á veces los más crueles! Consagraros nuestra vida, no pensar más que en vosotras, prepararos un bienestar, sacrificar nuestros gustos á vuestros caprichos, adoraros, daros hasta nuestra sangre, ¿no vale eso nada? ¡Ay de mí! sí, vosotras lo aceptáis todo con indiferencia. ¡Para gozar siempre de vuestras sonrisas y de vuestro desdenoso amor, sería preciso tener el poder de Dios! Al fin y á la postre, llega otro, un amante, un marido, y nos arrebatata vuestro corazón.

Julia, asombrada, miró á su padre, que iba lentamente y que á su vez le dirigía tristes miradas.

—Os escondéis de nosotros—repuso el anciano—y acaso también de vosotras mismas.

—Pero, ¿qué dice usted, papá?

—Pienso, Julia, que tienes secretos para mí. Tú amas—repuso vivamente el anciano al ver que su hija se ruborizaba.—¡Ah! esperaba verte fiel á tu anciano padre hasta la muerte; esperaba conservarte á mi lado feliz y admirada como lo eras hace algunos instantes. Ignorando tu suerte, hubiera podido creer en un porvenir tranquilo para ti; pero ahora ya me es imposible cifrar una esperanza de dicha en tu vida, pues amas aun más al coronel de lo que es permitido amar á un primo. Ya no me cabe duda.

—Y ¿por qué me ha de estar prohibido amarle?—exclamó Julia con una viva expresión de curiosidad.

—¡Ah! Julia mía, no me comprenderías—respondió el padre suspirando.

—Diga usted—repuso la joven dejando escapar un movimiento de terquedad.

—Pues bien, hija mía, escúchame. Las jóvenes se crean, con frecuencia, nobles y encantadoras imágenes, figuras ideales, y se forjan ideas quiméricas sobre los hombres, sobre los sentimientos y sobre el mundo; después acaban por atribuir inocentemente á un ser cualquiera las perfecciones que ellas han soñado, confían en dicho ser, creen ver en el hombre que han elegido á aquella criatura imaginaria, y más tarde, cuando ya es imposible oponerse á las desgracias, la engañosa apariencia que ellas han embellecido, su primer ídolo, se cambia en un esqueleto odioso. Julia, preferiría verte enamorada de un anciano, á ver que amas al coronel. ¡Ah! si pudieras transportarte á diez años más de vida, harías justicia á mi experiencia. Conozco á Víctor: su alegría es una alegría sin gracia, una alegría de cuartel; no tiene talento y es muy gastador. Es uno de esos hombres que han sido creados por el cielo para hacer y digerir cuatro comidas al día, para dormir, para amar á la primera que se presente y para batirse. No sabe lo que es la vida. Su buen corazón, porque tiene buen corazón, lo llevará, sin duda, á entregar su bolsa á un desgraciado ó á un amigo; pero es apático y no está dotado de esa delicadeza de corazón que hace al hombre esclavo de la mujer. Es ignorante, egoísta... En una palabra, que tiene muchos *peros*.

—Sin embargo, papá, algún talento y disposición tendrá, cuando lo han hecho coronel...

—Querida mía, Víctor seguirá siendo coronel toda su vida. Aun no he visto á nadie que me parezca digno de ti—repuso el anciano con una especie de entusiasmo.

Después se detuvo un momento, contempló á su hija y añadió:

—¡Pobre hija mía! aun eres demasiado joven, demasiado débil y demasiado delicada para soportar los disgustos y los sinsabores del matrimonio. Aiglemont ha sido mimado por sus padres, como tú lo fuiste por tu madre y por mí. ¿Cómo esperar que podáis llegar á entenderos, estando dotados de tan diferentes caracteres y acostumbrados á ejercer tiranías

que han de ser inconciliables? Tú has de ser víctima ó tirano, y una y otra cosa suponen igual cantidad de desgracias en la vida de una mujer. Pero eres amable y modesta, y preferirás ser dominada. Por otra parte—dijo con voz alterada,—posees una delicadeza de sentimientos, que acaso sea desconocida, y entonces...

No pudo acabar la frase porque las lágrimas se lo impidieron.

—Víctor—repuso despues de una pausa—anulará las brillantes cualidades de tu joven alma. Julia mía, conozco á los militares porque he servido en el ejército. Es muy raro que su corazón sepa triunfar de los hábitos adquiridos con las desgracias en cuyo seno viven ó en medio de los azares de su aventurera vida.

—Padre mío—replicó Julia con un tono que participaba á un tiempo de la seriedad y de la broma,—¿quiere usted, pues, contrariar mis sentimientos y casarme á su gusto y no al mío?

—¡Casarte á mi gusto!—exclamó el padre con un movimiento de sorpresa.—No, hija mía, pues pronto dejarás de oír esta voz que tan suavemente te riñe. Siempre he visto que los hijos atribuyen á un sentimiento personal los sacrificios que sus padres hacen por ellos. Cásate con Víctor, Julia mía. Día llegará que deplorarás amargamente su nulidad, su falta de orden y de delicadeza, su ineptia en amor y otros mil defectos que descubrirás en él. Entonces, acuérdate de que bajo estos árboles, la voz profética de tu anciano padre resonó en vano en tus oídos.

El anciano se calló al ver que su hija agitaba la cabeza imprimiéndole movimientos que indicaban terquedad. Ambos dieron algunos pasos hacia la reja, frente á la cual estaba detenido su coche. Mientras duró esta silenciosa marcha, la joven examinó furtivamente el rostro de su padre y abandonó paulatinamente su actitud enfadosa. El profundo dolor grabado en aquella frente que se inclinaba hacia tierra le causó una viva impresión.

—Padre mío—le dijo con voz cariñosa y alterada,—le prometo no hablar más de Víctor hasta que no hayan desaparecido las prevenciones que tiene usted contra él.

El anciano miró á su hija con asombro. Dos lágrimas que brotaban de sus ojos rodaron á lo largo de sus arrugadas mejillas. No pudo abrazar á Julia delante de la multitud que

les rodeaba, pero le estrechó tiernamente la mano. Cuando estuvo en el coche, todos los tristes pensamientos que habían nublado sus ojos desaparecieron por completo. La actitud un tanto triste de su hija le inquietaba mucho menos que la inocente alegría cuyo secreto motivo había descubierto Julia durante la gran parada.

En los primeros días del mes de marzo de 1814, un poco menos de un año después de aquella revista del emperador, una calesa rodaba por la carretera que va de Amboise á Tours. Al dejar la verde bóveda que forman los nogales, bóveda bajo la cual se escondía la posta de la Frilliere, este vehículo fué arrastrado con tal rapidez, que llegó en un momento al puente construido sobre el Cise, en la desembocadura de este río en el Loire, y se detuvo allí. Una de las correas de tiro acababa de romperse á causa del impetuoso movimiento que, por orden de su amo, había impreso el postillón á cuatro vigorosos caballos que acababan de ser enganchados. De este modo, por efecto de una casualidad, las dos personas que se encontraban en la calesa tuvieron tiempo para contemplar á su antojo una de las vistas más encantadoras que ofrecen las seductoras orillas del Loire. A la derecha, abrazó el viajero con una mirada todas las sinuosidades del Cise, que se deslizaba, como una serpiente plateada, á través de las praderas, que, por efecto del brotar de las primeras hierbas de la primavera, ofrecían á la sazón colores de esmeralda. A la izquierda, aparecía el Loire en toda su magnificencia. Las innumerables facetas de algunas ondas, producidas por una brisa matinal un tanto fría, reflejaban los centelleantes rayos del sol en la vasta y limpia superficie de este majestuoso río. Aquí y allí sucedíanse verdes islitas en toda la extensión de las aguas, cual si fuesen los engarces de un collar. Al otro lado del río, los vastos campos de Turena ostentaban sus tesoros, hasta perderse de vista. En lontananza, la mirada no encuentra más límites que las colinas del Cher, cuyas cimas dibujaban en este momento líneas luminosas en el transparente azul del cielo. A través del débil follaje de las islas, en el fondo del cuadro, Tours, lo mismo que Venecia, parece brotar del seno de las aguas. Las torrecillas de su antigua catedral se elevan á los aires, y se confundían en aquel momento con las fantásticas creaciones de algunas blanquecinas nubes. Al otro lado del puente en que el coche estaba detenido, el viajero ve ante

sí, siguiendo la dirección del Loire hasta Tours, una cadena de rocas que, por un capricho de la naturaleza, parece haber sido colocada para encajar el río, cuyas aguas minan incessantemente la piedra, siendo espectáculo éste que llena siempre de asombro al viajero. La aldea de Vouvray se encuentra como anidada en las gargantas y en las hendiduras de estas rocas, que empiezan á describir un recodo delante del puente del Cise. Después, de Vouvray hasta Tours, las espantosas sinuosidades de esta colina están habitadas por una población de viñadores. En más de un lugar se ven tres hileras de casas cimentadas en las rocas y unidas por medio de peligrosas escaleras talladas en la roca misma. En la parte superior de un tejado, una joven con falda encarnada corre á su jardín. El humo de una chimenea se eleva entre los sarmientos y las nacientes pámpanos de una viña. Algunos colonos trabajan campos perpendiculares. Una vieja, tranquilamente sentada sobre un trozo de roca movediza, da vueltas á la rueca bajo las flores de un almendro, y ve pasar á los viajeros á sus pies, riéndose de su espanto. Ella no se preocupa ni de las hendiduras del suelo ni de las pendientes ruinas de una vieja pared cuyos cimientos sólo están sostenidos por las tortuosas raíces de una capa de hiedra. El martillo de los toneleros hace resonar las bóvedas de aquellas aéreas bodegas. Finalmente, la tierra está en todas partes cultivada y en todas partes es fecunda, allí donde la naturaleza ha negado tierra á la industria humana. Por esta razón, en todo el curso del Loire nada es comparable al rico panorama que Turena ofrece al viajero. El triple cuadro de esta vista, cuyos aspectos están apenas indicados, procura al alma uno de esos espectáculos que quedan grabados para siempre en su memoria; y, cuando un poeta ha gozado de él, sus sueños le hacen reconstruir con frecuencia y fabulosamente aquellos románticos efectos.

En el momento en que el coche llegó al puente del Cise, varias velas blancas desembocaron por entre las islas del Loire y dieron una nueva armonía á este armonioso paisaje. El olor de los sauces que bordean el río añadía penetrantes perfumes á la húmeda brisa. Los pájaros dejaban oír sus prolijos conciertos; el monótono canto de un pastor de cabras comunicaba á esta escena una especie de melancolía, mientras que los gritos de los marineros anunciaban una agitación lejana. Vagos vapores, caprichosamente detenidos



en torno de los árboles de este vasto paisaje, le imprimían una última gracia. Aquello era Turena en toda su gloria, la primavera en todo su esplendor. Esta parte de Francia, única que los ejércitos extranjeros no debían turbar, era en este momento la única que estaba tranquila, pareciendo que desafiaba á la invasión.

Tan pronto como la calesa se detuvo, una cabeza provista de un gorro de cuartel apareció en la ventanilla, é inmediatamente un militar abrió la portezuela y saltó á la carretera como para ir á interrogar al postillón. La inteligencia con que aquel turenés arreglaba el carruaje que se había roto, tranquilizó al coronel conde de Aiglemont, que se volvió hacia la portezuela estirando los brazos como para extender sus adormecidos músculos, bostezó, miró el paisaje y colocó una mano sobre el hombro de una joven cuidadosamente envuelta en un mantón.

—Mira, Julia—le dijo con voz ronca,—despierta para ver el país. ¡Es magnífico!

Julia sacó la cabeza fuera de la calesa. Un gorro de piel de marta la cubría, y los pliegues del mantón en que estaba envuelta ocultaban tan bien sus formas, que no podía verse más que su cara. Julia de Aiglemont no se parecía ya á la joven que, contenta y feliz, corría no ha mucho á la gran parada de las Tullerías. Su cara, siempre delicada, estaba privada de los colores rosáceos que tanto la favorecían antes. Los bucles negros de algunos cabellos, desrizados por la humedad de la noche, hacían resaltar la blancura mate de su cara, cuya vivacidad parecía estar adormecida. Sin embargo, sus ojos brillaban con fuego sobrenatural, si bien se dibujaban debajo de sus párpados dos círculos violáceos y unas mejillas ajadas. Examinó con mirada indiferente los campos del Cher, el Loire y sus islas, Tours y las prolongadas rocas de Vouvray; después, sin querer admirar el encantador valle del Cise, se hundió en el fondo de la calesa, y dijo con voz que parecía extraordinariamente débil:

—Sí, es admirable.

Como se ve, por su desgracia, había triunfado de su padre.

—Julia, ¿no te gustaría vivir aquí?

—Sí, aquí ó en donde quieras—dijo con indiferencia.

—¿Sufres?—le preguntó el coronel de Aiglemont.

—No—respondió la joven con momentánea viveza.

Después contempló á su marido sonriendo y añadió:

—Tengo sueño.

De pronto resonó el galope de un caballo. Victor de Aiglemont dejó la mano de su mujer y volvió la cabeza hacia el recodo que formaba la carretera en aquel lugar. En el momento en que Julia dejó de ser mirada por el coronel, la expresión de alegría que ella había impreso á su pálido rostro desapareció como si una luz hubiese dejado de iluminarlo. Como no experimentase deseo de volver á ver el paisaje ni curiosidad por saber quién era el caballero cuyo caballo galopaba con tanta furia, volvió á arrellanarse en un rincón de la calesa, y sus ojos se fijaron en la grupa de los caballos, sin denotar la clase de sentimientos que la embargaban. Tomó una actitud tan estúpida como la del aldeano bretón cuando escucha el sermón del cura. Un joven, montado en un arrogante caballo, salió de pronto por entre una espesura de álamos y de espinos.

—Es un inglés—dijo el coronel.

—¡Oh! Dios mío, sí, mi general—replicó el postillón.—Es de la raza de los gandules que, según se dice, quieren comerse á Francia.

El desconocido era uno de esos viajeros que se encontraron en el continente cuando Napoleón detuvo á todos los ingleses en represalia del atentado cometido contra el derecho de gentes por el gabinete de Saint-James, cuando la ruptura del tratado de Amiens. Sometidos al capricho del poder imperial, estos prisioneros no permanecieron todos en los lugares en que fueron cogidos, ni en aquellos que en un principio tuvieron la libertad de escoger. La mayor parte de los que habitaban en este momento en Turena fueron llevados allí de distintos puntos del imperio, porque su permanencia en éstos parecía comprometedorá para los intereses de la política continental. El joven cautivo que paseaba en aquel momento era una víctima del poder burocrático. Hacía ya dos años que una orden del ministerio de relaciones extranjeras le había hecho abandonar el clima de Montpellier, donde le sorprendió la ruptura de la paz en el momento en que había ido allí á buscar alivio para una afección del pecho. Desde el momento en que este joven reconoció un militar en la persona del conde de Aiglemont, se apresuró á evitar sus miradas, volviendo bruscamente la cabeza hacia las praderas del Cise.

—Todos estos ingleses son insolentes, como si el mundo entero fuese suyo—dijo el coronel murmurando.—Por fortuna, Soult no tardará en darles una lección.

Cuando el prisionero pasó por delante del coche, dirigió á él sus ojos. A pesar de la rapidez de su mirada, pudo entonces admirar la expresión de melancolía que daba un no sé qué indefinible atractivo al pensativo rostro de la condesa. Hay muchos hombres cuyo corazón se emociona ante la sola apariencia de sufrimiento en una mujer: para ellos, el dolor parece ser una promesa de constancia ó de amor. Completamente sumida en la contemplación de una de las almohadillas de la calesa, Julia no hizo caso del caballo ni del caballero. El carruaje estaba ya sólidamente arreglado. El conde subió al coche. El postillón se esforzó por recobrar el tiempo perdido, y condujo rápidamente á los dos viajeros hacia la parte de la calzada que rodean las rocas suspendidas, en cuyo seno maduran los vinos de Vouvray, donde se levantan tan bonitas casas y donde aparecen en lontananza las ruinas de aquella célebre abadía de Marmoutiers, retiro de san Martín.

—¿Qué nos querrá ese diáfano milord?—exclamó el coronel volviendo la cabeza para asegurarse de que el caballero, que desde el puente del Cise seguía al coche, era el joven inglés.

Como el desconocido no faltase á ninguna ley de conveniencia paseándose por la calzada, el coronel volvió á colocarse en el rincón de la calesa, después de haber dirigido una amenazadora mirada al inglés. Pero, á pesar de su involuntaria enemistad, no pudo menos de observar la belleza del caballo y la gracia del caballero. El joven tenía una de esas caras británicas cuya tez es tan fina y cuya piel es tan suave y blanca, que le hacen á uno suponer que pertenecen al delicado cuerpo de una joven. Era rubio, delgado y alto. Su traje tenía ese carácter de distinción y de elegancia que se nota en los hombres distinguidos de la hipócrita Inglaterra. Al ver á la condesa, parecía que se ruborizaba, más bien por vergüenza que de placer. Una sola vez fijó Julia sus ojos en el extranjero, pero lo hizo obligada en cierto modo por su marido, que quería hacerle admirar las piernas de un caballo de pura raza. Los ojos de Julia se encontraron entonces con los del inglés, y desde este momento, el caballero, en lugar de llevar su caballo al lado de la calesa, la

siguió á algunos pasos de distancia. La condesa apenas miró al desconocido. No vió en él ni en su caballo ninguna de las perfecciones humanas ni caballares que le querían hacer notar, y se metió en el fondo del coche, después de haber hecho un ligero movimiento de cejas como para aprobar lo que decía su marido. El coronel se durmió, y los dos esposos llegaron á Tours sin haberse dicho una palabra y sin que los encantadores paisajes de la variable escena por cuyo seno viajaban hubiesen llamado una sola vez la atención de Julia. Cuando su marido se durmió, la señora de Aiglemont lo contempló á intervalos. Cuando le dirigía la última mirada, un vaivén hizo caer en las rodillas de la joven un medallón que pendía de su cuello, y el retrato de su padre se le apareció de pronto. Al verlo, las lágrimas, reprimidas hasta entonces, brotaron de sus ojos. El inglés vió, sin duda, las brillantes y húmedas huellas que aquellas lágrimas dejaron en las pálidas mejillas de la condesa, pero que el aire no tardó en secar.

Encargado por el emperador de llevar órdenes al mariscal Soult, que tenía que defender á Francia de la invasión hecha por los ingleses en el Bearn, el coronel de Aiglemont aprovechaba esta ocasión para librar á su mujer de los peligros que á la sazón amenazaban á todo el mundo en París, y la llevaba á Tours, á casa de una anciana parienta suya. No tardó el coche en rodar por el puente y las calles de Tours y en detenerse delante del antiguo palacio donde vivía en otro tiempo la marquesa de Listomere-Landón.

La marquesa de Listomere-Landón era una de esas hermosas ancianas de tez pálida, cabellos blancos y sonrisa maliciosa, que van cubiertas con un gorro cuya moda es desconocida. Retratos septuagenarios del siglo de Luis XV, estas mujeres son casi siempre cariñosas, como si amasen aún; menos piadosas que devotas, y menos devotas de lo que parecen, exhalan siempre cierto olor á elegancia, narran bien, hablan mejor y celebran más un recuerdo que una broma. La actualidad les es poco agradable. Cuando una vieja camarera fué á anunciar á la marquesa (pues no había de tardar mucho en recobrar su título) la visita de un sobrino á quien no había visto desde el principio de la guerra de España, se quitó apresuradamente los lentes, cerró la *Galería de la nobleza antigua*, su libro favorito, y recobró una especie de agilidad, para llegar á la escalinata exterior del

palacio en el momento en que los dos esposos subían los primeros peldaños.

La tía y la sobrina se dirigieron una rápida mirada.

—Buenos días, querida tía—exclamó el coronel cogiendo á la anciana y abrazándola con precipitación.—Le traigo á usted una joven á quien guardar. Vengo á confiarle mi tesoro. Mi Julia no es ni coqueta ni celosa; tiene una amabilidad de ángel... pero ya lo apreciará usted todo, pues espero que no se ha de echar á perder aquí.

—¡Mal sujeto!—exclamó la marquesa dirigiéndole una mirada burlona.

Y ofreciéndose, la primera, con cierta amabilidad á abrazar á Julia, que permanecía pensativa y que parecía estar más bien azorada que curiosa, la marquesa repuso:

—¿De modo que vamos á conocernos, corazón mío? No se asuste usted de mí, pues aunque soy vieja, procuro ser siempre joven con las jóvenes.

Como acostumbra á hacerse en provincias, antes de llegar al salón, la marquesa había mandado ya que preparasen el almuerzo para sus dos huéspedes; pero el conde detuvo la elocuencia de su tía diciéndole con tono serio que no podía detenerse más tiempo que el necesario para mudar el tiro. Los tres parientes entraron, pues, á toda prisa en el salón y el coronel apenas tuvo tiempo para contar á su tía los acontecimientos políticos y militares que le obligaban á pedirle un asilo para su joven esposa. Mientras duró el relato, la tía miraba alternativamente á su sobrino, que hablaba sin ser interrumpido, y á su sobrina, cuya palidez y tristeza le parecían causadas por aquella separación forzosa. La anciana parecía decirse: «Vaya, vaya, veo que estos jóvenes se aman».

En este momento, los chasquidos del látigo resonaron en el antiguo y silencioso patio cuyas losas estaban deslindadas por estrechas líneas de hierba. Víctor abrazó á la marquesa y salió del palacio.

—Adiós, querida mía—dijo abrazando á su mujer, que le había seguido hasta el coche.

—¡Oh! Víctor, déjame acompañarte hasta más lejos—dijo con voz cariñosa.—No quisiera dejarte.

—No pienses en ello.

—Pues bien—replicó Julia;—ya que así lo quieres, adiós. El coche desapareció.

—¿De modo que ama usted mucho á mi pobre Víctor?—

preguntó la marquesa á su sobrina dirigiéndole una de esas sabias miradas con que los ancianos procuran adivinar á los jóvenes.

—¡Ay de mí! señora—respondió Julia,—¿no es preciso amar mucho á un hombre para casarse con él?

Esta última frase fué pronunciada con tono tal de sencillez, que lo mismo podía denotar la existencia de un corazón puro que de un corazón lleno de profundos misterios. Ahora bien, era muy difícil que una mujer amiga de Duclós y del mariscal Richelieu no procurase adivinar el secreto de aquel joven matrimonio. La tía y la sobrina estaban en aquel momento en el umbral de la puerta cochera, ocupadas en contemplar la calesa que se alejaba. Los ojos de la condesa no expresaban el amor como la marquesa lo concebía. La buena dama era provenzal y sus pasiones habían sido vivas.

—¿De modo que se ha dejado usted coger por mi pillastre sobrino?—le preguntó á Julia.

La condesa se estremeció involuntariamente, pues el acento y la mirada de aquella anciana marquesa parecieron anunciarle un conocimiento del carácter de Víctor, mucho más profundo que el que ella misma tenía. La señora de Aiglemont, inquieta, ocultó su interior con ese torpe disimulo, primer refugio de los corazones sencillos y sufridos. La señora de Listomere se contentó con la respuesta de Julia, pero pensó con alegría en que su soledad iba á ser dulcificada con algún secreto de amor, pues le pareció que su sobrina debía tener alguna intriga cuya dirección había de ser agradable. Cuando la señora de Aiglemont se encontró en el gran salón tapizado, cuando estuvo sentada ante un gran fuego, abrigado de las corrientes de puertas y ventanas por medio de un biombo chinesco, su tristeza no pudo disiparse. Era difícil que la alegría naciese bajo aquellas viejas paredes y entre aquellos muebles seculares. Sin embargo, la joven parisiense pareció experimentar cierto placer en disfrutar de aquella profunda soledad y del solemne silencio de la provincia. Después de haber cambiado algunas palabras con aquella tía, á la que había escrito poco antes una carta de recién casada, guardó silencio como si escuchase la música de una ópera. Hasta dos horas después de una calma digna de un trapense, no echó de ver su descortesía con su tía, y no se acordó de que sólo le había contestado con frías respuestas. Con ese instinto lleno de gracia, que caracteriza á las

gentes de antaño, la anciana había respetado el capricho de su sobrina. En este momento la noble viuda hacía encaje. Es verdad que se había ausentado varias veces para ocuparse de una cierta habitación donde tenía que dormir la condesa y donde los criados de la casa colocaban el equipaje de ésta, pero en este instante había vuelto á tomar asiento en su sofá y miraba á la joven á hurtadillas. Avergonzada de haberse abandonado á su irresistible meditación, Julia intentó conseguir su perdón burlándose de sí misma.

—Querida mía, ya sé cuál es el dolor de una viuda— respondió la tía.

Era preciso tener cuarenta años para adivinar la ironía que expresaron los labios de la anciana. Al día siguiente, la condesa estuvo más comunicativa y habló más. La señora de Listomere no desesperó de domesticar á aquella recién casada, que le había parecido en un principio un ser salvaje y estúpido. Le habló de las distracciones del país, de los bailes y de las casas adonde podían ir. Durante este día, todas las preguntas de la marquesa fueron otros tantos lazos que, dada su costumbre de corte, no pudo menos de tender á su sobrina para adivinar su carácter. Julia resistió á todas las instancias que le hizo durante algunos días en el sentido de ir á buscar distracciones fuera de casa. Así es que, á pesar del deseo que la anciana dama tenía de pasear á su hermosa sobrina, acabó por renunciar á su afán de presentarla en el círculo de sus amigos. La condesa encontró un pretexto para su soledad y para su tristeza en el pesar que le había causado la muerte de su padre, por el cual llevaba aún luto. Al cabo de ocho días, la noble viuda admiró la dulzura angelical, las modestas gracias y el indulgente talento de Julia, y desde entonces se interesó vivamente por la misteriosa melancolía que consumía á aquel joven corazón. La condesa era una de esas mujeres nacidas para ser amables y que parecen llevar consigo la felicidad. Su trato llegó á ser tan agradable y tan precioso para la señora de Listomere, que enloqueció por su sobrina y se prometió no abandonarla nunca. Un mes bastó para establecer entre ellas una eterna amistad. La anciana dama observó, no sin sorpresa, los cambios que se operaron en la fisonomía de la señora de Aiglemont. Los mismos colores que sonrosaban su tez se extinguieron insensiblemente, y su cara tomó tonos mates y pálidos. Al mismo tiempo que perdía su brillo primitivo,

Julia estaba menos triste. La noble viuda despertaba á veces en su joven parienta arranques de alegría ó locas risas que no tardaban en ser reprimidas por algún importuno pensamiento. Comprendió que ni el recuerdo paternal ni la ausencia de Victor eran la causa de la profunda melancolía que arrojaba una especie de velo sobre la vida de su sobrina, y llegó á tener tan malos pensamientos, que le fué difícil llegar á fijarse en la verdadera causa del mal, cosa que no tiene nada de extraño, pues sólo por casualidad conocemos la mayor parte de las veces lo verdadero. Por fin, un día, Julia mostróse á los ojos de su tía en una actitud que denotaba un olvido completo del matrimonio, una locura de soltera y un candor de alma, al mismo tiempo que daba muestras de ese talento tan delicado y á veces tan profundo que distingue á las mujeres de Francia. En tal estado las cosas, la señora de Listomere resolvió sondear los misterios de aquella alma, cuya extremada naturalidad equivalía al más impenetrable disimulo. Se aproximaba la noche y las dos damas estaban sentadas ante una ventana que daba á la calle. Julia había tomado una actitud pensativa y un hombre montado á caballo pasó en aquel momento por delante de la ventana.

—He ahí una de las víctimas de usted—dijo la anciana.

La señora de Aiglemont miró á su tía, manifestando una mezcla de asombro y de inquietud.

—Es un joven inglés, un noble, el célebre Arturo Ormond, hijo primogénito de lord Grenville. Su historia es interesantísima. Fué á Montpellier en 1802, esperando que el aire de aquel país, adonde los médicos le habían aconsejado que fuese, le curaría de una enfermedad del pecho á la que debía sucumbir. Lo mismo que les ocurrió á todos sus compatriotas, fué detenido á raíz de la guerra, por orden de Bonaparte, monstruo que no puede pasar sin guerrear. Por distracción, el joven inglés se dedicó á estudiar su enfermedad, que se creía mortal. Insensiblemente fué tomándole el gusto á la anatomía y á la medicina, y se apasionó por esta clase de artes, lo cual es extraordinario en un hombre de calidad ¡por más que el regente también se ocupó de química! En una palabra, que don Arturo hizo progresos que asombraron hasta á los mismos profesores de Montpellier; el estudio le consoló de su cautividad, y al mismo tiempo, gracias á éste, estaba ya completamente curado. Ase-

gura todo el mundo, que permaneció cerca de dos años sin hablar, casi sin respirar, permaneciendo acostado en un esbato, bebiendo leche de una cabra traída de Suiza y no comiendo más que berros. Desde que está en Tours no se ha tratado con nadie y es orgulloso como un pavo real: pero ahora veo que usted lo ha conquistado, pues no creo ser yo el objeto de los dos paseos diarios que hace por debajo de estas ventanas, desde que está usted aquí. Indudablemente está enamorado de usted.

Estas últimas palabras despertaron á la condesa como por magia y dejó escapar un gesto y una sonrisa que sorprendieron á la marquesa. Lejos de dar muestras de esa satisfacción interior que experimenta la mujer más severa cuando sabe que un hombre sufre por ella, la mirada de Julia fué lánguida y fría. Su rostro indicaba un sentimiento de repulsión que no distaba mucho del horror. Esta proscripción no era la propia de una mujer que desprecia al mundo entero para entregarse á un solo ser, pues en este caso sabe reír y bromear: no, Julia estaba en aquel momento como la persona á quien el recuerdo demasiado presente de un dolor le hace volver á sufrirlo. Convencida la tía de que su sobrina no amaba á su sobrino, quedó estupefacta al ver que no amaba á nadie. Tembló ante la idea de reconocer en Julia un corazón desencantado, á una joven á quien la experiencia de un día ó de una noche acaso hubiesen bastado para apreciar la nulidad de Víctor.

—Si lo conoce, ya no hay nada que hacer—pensó la anciana,—y mi sobrino no tardará en sufrir los inconvenientes del matrimonio.

Entonces se propuso convertir á Julia á las doctrinas monárquicas de Luis XV; pero algunas horas después supo, ó, mejor dicho, adivinó la situación bastante generalizada que era causa de la melancolía de la condesa. Julia, que se puso de pronto pensativa, se retiró á su habitación más temprano que de ordinario. Una vez que su camarera la hubo desnudado, dejándola en disposición de acostarse, la joven permaneció ante el fuego, sentada en una butaca de terciopelo amarillo, mueble antiguo, tan favorable para los afligidos como para los felices. Allí lloró, suspiró y caviló, acabando por tomar una mesita, coger papel y ponerse á escribir. Las horas pasaron rápidamente, y la confesión que Julia hacía en aquella carta parecía serle muy dura, toda

vez que cada frase daba origen á largas meditaciones. De pronto, la joven rompió en amargo llanto y se detuvo. En aquel momento daban las dos en los relojes. Su cabeza, tan pesada como la de un moribundo, se inclinó sobre su seno, y cuando, después de un rato, la levantó, Julia vió á su tía surgir de pronto, cual si fuese un personaje que se hubiera destacado de los ricos tapices que cubrían las paredes.

—¿Qué tiene usted, hija mía?—le dijo su tía.—¿Por qué velar hasta tan tarde, y, sobre todo, por qué llorar sola á su edad?

Y, sin hacer más ceremonias, se sentó al lado de su sobrina y devoró con la mirada la empezada carta.

—¿Escribía usted á su marido?

—¿Sé acaso dónde está?—repuso la condesa.

La tía cogió el papel y lo leyó. El hecho de haber llevado consigo los anteojos indicaba que había habido premeditación. La inocente criatura le dejó coger la carta sin hacer observación alguna. No era ni la ausencia de dignidad ni ningún sentimiento de culpabilidad secreto lo que le quitaba así todas las energías; no; es que su tía la encontró en uno de esos momentos de crisis en que el alma carece de vigor y en que todo es indiferente, lo mismo el bien que el mal, lo mismo el secreto que la confianza. Cual joven virtuosa que agobia á su amante de desdenes, pero que, al llegar la noche, se encuentra tan triste y abandonada, que le desea, y ansía un corazón en quien depositar los sufrimientos, Julia, sin decir palabra, dejó que su tía violase el sello que la delicadeza imprime á toda carta abierta, y permaneció pensativa mientras que la marquesa leía lo siguiente:

«Mi querida Luisa: ¿Por qué exigirme tantas veces el cumplimiento de la promesa más imprudente que han podido hacerse nunca dos jóvenes solteras? Me escribes diciéndome que muchas veces te preguntas cuál podrá ser la causa de que en seis meses no haya respondido á tus preguntas. Si no has comprendido mi silencio, ahora adivinarás, sin duda, su razón, al saber los misterios que voy á revelarte. Sabe, sin embargo, que, si no me hubieras comunicado tu próximo matrimonio, éstos hubieran permanecido encerrados para siempre en el fondo de mi corazón. Vas á casarte, Luisa, y este pensamiento me hace temblar. ¡Pobrecilla! cástate; pero sabe que dentro de algunos meses, uno de tus

mayores pesares será el recuerdo de lo que éramos no ha mucho, cuando una tarde, en Ecouen, llegamos ambas al pie de las grandes encinas de la montaña, contemplamos el hermoso valle que teníamos á nuestros pies y admiramos en él los rayos del sol poniente cuyos reflejos nos envolvían. Nos sentamos en un pedazo de roca y quedamos sumidas en profundo éxtasis, al que sucedió una grata melancolía. Tú fuiste la primera en decir que aquel lejano sol nos hablaba del porvenir. ¡Qué curiosas y qué locas éramos entonces! ¿Te acuerdas de todas nuestras extravagancias? Según decíamos nosotras, nos abrazábamos como dos amantes. Nos juramos que la primera que se casase contaría fielmente á la otra estos secretos del himeneo, esos goces que nuestras infantiles almas nos pintaban tan deliciosos. Luisa, aquella tarde constituirá tu desesperación. Entonces eras joven, hermosa y, si no feliz, por lo menos no tenías preocupaciones; un marido te hará en pocos días lo que yo soy ya: fea, enfermiza y vieja. Decirte lo orgullosa, satisfecha y alegre que yo estaba con casarme con el coronel Víctor de Aiglemont sería imposible. Es claro, ¿cómo te lo he de decir, si ni siquiera me acuerdo de mí misma? En pocos instantes, mi infancia pasó al estado de sueño, de vago recuerdo. Mi actitud durante el día solemne en que consagraba un lazo cuya importancia no me era conocida, no estuvo exenta de reproches. Mi padre procuró más de una vez reprimir mi alegría, tachando de inconveniente mi contento, pues mis palabras revelaban malicia, precisamente porque no tenían ninguna. Hice mil niñerías con aquel velo nupcial, con aquel traje y con aquellas flores. Por la noche, cuando me quedé sola en el cuarto, al que fui conducida con gran aparato, forjé una travesura para asustar á Víctor, y, mientras esperaba su llegada, sentía palpitaciones en el corazón, semejantes á las que me asaltaban en otro tiempo, durante aquellos días solemnes del 31 de diciembre, cuando, sin ser vista de nadie, penetraba en el salón donde estaban amontonados los aguinaldos. Cuando mi marido entró y empezó á buscarme, la ahogada risa que dejé oír bajo las muselinas que me envolvían fué el último rayo de aquella alegría que animó los juegos de nuestra infancia...»

Una vez que la noble viuda acabó de leer esta carta, que, cuando empezaba de este modo, debía de contener muy tris-

tes observaciones, colocó lentamente los anteojos sobre la mesa, hizo lo propio con la carta y fijó en su sobrina sus dos ojos verdes, cuyo fuego no había sido aun debilitado por la edad.

—Hija mía—dijo,—una mujer casada no puede escribir á una soltera una carta semejante, sin faltar á las conveniencias sociales.

—Eso mismo pensaba yo—respondió Julia interrumpiendo á su tía,—y por eso sentía vergüenza al ver que usted la leía.

—Hija mía, si en la mesa se encuentra un plato que no es del gusto de uno, es preciso no decir nada para no molestar á los demás—repuso la anciana con amabilidad,—y esto, sobre todo, ha de observarse tratándose de un plato que, desde Eva acá, ha parecido siempre tan excelente. ¿Ya no tiene usted madre?—le preguntó la anciana.

La condesa se estremeció, y levantando lentamente la cabeza, dijo:

—¡Cuánto he echado á mi madre de menos de un año á esta parte! Pero mía es la culpa por no haber hecho caso de la repugnancia que mi padre sentía ante la idea de hacer á Víctor su yerno.

Miró á su tía, y un estremecimiento de alegría secó sus lágrimas cuando vió el aire de bondad con que estaba animado aquel anciano rostro. Tendió su mano á la marquesa, que parecía solicitarla, y cuando sus dedos se estrecharon, aquellas dos mujeres acabaron de comprenderse.

—¡Pobre huérfana!—añadió la marquesa.

Esta palabra fué un último rayo de luz para Julia, que creyó oír aún la voz profética de su padre.

—¿Tiene usted las manos ardiendo! ¿Las tiene usted siempre de ese modo?—preguntó la anciana.

—Sólo hace siete ú ocho días que me ha dejado la fiebre—respondió Julia.

—¿Tenía usted fiebre y no me decía nada!

—La tengo hace ya un año—respondió la joven con una especie de ansiedad púdica.

—De ese modo, angel mío—repuso la tía,—¿el matrimonio sólo ha sido para usted una larga serie de dolores?

La joven no se atrevió á responder; pero hizo un gesto afirmativo que denotaba todos sus sufrimientos.

—¿Es usted, pues, desgraciada?

—¡Oh! no, tía mía. Víctor me ama con idolatría y yo le adoro: ¡es tan bueno!

—Sí, le ama usted, pero huye usted de él, ¿verdad?

—Sí... algunas veces... me busca tan á menudo.

—¿No se ve usted turbada con frecuencia en la soledad por el temor de que él vaya á sorprenderla allí?

—¡Ay de mí! sí, tía; pero le aseguro que le amo mucho.

—¿No se acusa usted á sí misma en secreto de no saber ó de no poder participar de sus placeres? ¿No piensa usted á veces que el amor legítimo es más difícil de sobrellevar que una pasión criminal?

—¡Oh! eso mismo—dijo llorando.—Lo que es un enigma para mí, usted lo ve claro como el día. Mis sentidos están entorpecidos, mi cabeza está sin ideas; en una palabra, que vivo con dificultad. Mi alma está oprimida por una indefinible aprehensión que hiela mis sentimientos y que me sume en continuo entorpecimiento. No tengo voz para quejarme ni palabras para expresar mi pena. Sufro y me avergüenzo de sufrir al ver que á Víctor le hace feliz lo que á mí me mata.

—Todo eso no son más que chiquilladas, tonterías —exclamó la tía, cuyo enjuto rostro se animó con una alegre sonrisa, reflejo de los goces de sus buenos años.

—¿Y usted también se ríe de esto?—dijo la joven con desesperación.

—Yo también lo he pasado —repuso en seguida la marquesa.—Ahora que Víctor la ha dejado á usted sola, ¿no le parece á usted ser soltera, estar tranquila, sin placeres, pero también sin sufrimientos?

Julia contempló á su tía con ojos asombrados, y le dijo:

—Sí, tía mía, todo eso es verdad. Pero ¿por qué se sonríe usted?

—¡Oh! tiene usted razón, hija mía. Nada de grato tiene todo esto. Si yo no la tomase á usted bajo mi protección y si mi antigua experiencia no supiese adivinar la inocente causa de sus pesares, el porvenir de usted se vería amargado por más de una desgracia. El necio de mi sobrino no merece su dicha. Bajo el reinado de nuestro muy amado Luis XV, una joven esposa que se hubiera encontrado en la situación en que usted está, hubiera castigado á su marido por portarse como un verdadero soldadote. ¡Egoísta! Los militares de ese tirano imperial son todos unos ignorantes. Con-

funden la brutalidad con la galantería, y ni conocen á las mujeres, ni saben amarlas. Creen que el mero hecho de ir á buscar la muerte al día siguiente, les dispensa de tener con nosotras la víspera las consideraciones y atenciones que nos deben. Antaño, lo mismo sabían amar que morir. Sobrina mía, no tenga usted cuidado, que yo lo reformaré. Pondré fin al triste y natural desacuerdo que les llevaría á odiarse y á desear un divorcio, siempre que no muriese usted antes de desesperación.

Julia escuchaba á su tía con tanto asombro como estupor, sorprendida de escuchar palabras cuya sabiduría presentía más bien que comprendía y asustada al ver salir de la boca de una parienta llena de experiencia el mismo juicio que su padre había formado de Víctor. Sin duda tuvo una viva intuición de su porvenir y sintió el peso de las desgracias que habían de acosarla, porque rompió en amargo llanto, y se arrojó en brazos de la anciana dama, diciéndole:

—¡Sea usted mi madre!

La tía no lloró, porque la Revolución había agotado las lágrimas de todas las mujeres de la antigua monarquía. Antes el amor, y después el Terror, las familiarizaron con los más terribles acontecimientos de la vida, y por eso conservan en ellos una dignidad fría y un afecto sincero que les permite ser siempre fieles á la etiqueta y á esa noble actitud que las costumbres modernas cometen la torpeza de repudiar. La noble viuda tomó á la joven en sus brazos; la besó en la frente con una ternura y una gracia, hijas, más bien que del corazón, de los modales y de las costumbres de aquellas mujeres; mimó á su sobrina con palabras cariñosas; le prometió un porvenir feliz; la meció con promesas de amor, al mismo tiempo que la ayudaba á acostarse, como si fuera una hija querida, cuyos pesares y esperanzas fuesen los suyos propios. La condesa, feliz por haber encontrado una amiga, ó, mejor dicho, una madre á quien en lo sucesivo podía confiarle todo, se durmió. Al día siguiente por la mañana, en el momento en que la tía y la sobrina se abrazaban con esa profunda cordialidad y ese aire de inteligencia que prueban un progreso en el sentimiento y una cohesión más perfecta entre dos almas, oyeron los pasos de un caballo, volvieron la cabeza al mismo tiempo, y vieron al joven inglés, que, según su costumbre, pasaba lentamente. Parecía haber hecho un cierto estudio de la vida que llevaban aquellas dos

mujeres solitarias, y no dejaba de encontrarse nunca á la hora del almuerzo ó de la comida. Su caballo acortaba el paso, sin necesidad de ser advertido, durante el tiempo que tardaba en franquear el espacio comprendido entre las dos ventanas y el comedor. Esto daba ocasión á Arturo para dirigir una mirada melancólica á la condesa, mirada que ésta se complacía siempre en despreciar. Pero, acostumbrada á esas mezquinas curiosidades que animan la vida en provincias, la marquesa se divertía con aquel amor tímido y serio tan tácitamente expresado por el inglés. Aquellas miradas periódicas se habían hecho ya casi indispensables para ella, y cada día señalaba el paso de Arturo con nuevas y variadas bromas. Al ponerse á la mesa, las dos mujeres miraron simultáneamente al insular, y esta vez los ojos de Arturo y de Julia se encontraron con tal precisión, que la joven se ruborizó. Acto continuo, el inglés picó espuelas á su caballo y partió al galope.

—Señora—dijo Julia á su tía,—¿qué haríamos nosotras para evitar esto? La gente que vea pasar á ese inglés creerá que soy...

—Sí—respondió la tía interrumpiéndole.

—¿Y no podríamos decirle que no se paseara de ese modo?

—¿No sería eso hacerle creer que es peligroso? Por otra parte, ¿quién puede impedirle á un hombre que vaya y venga por donde le dé la gana? Mañana no comeremos en esta habitación, y cuando ese caballero se convenza de que no puede verla á usted, dejará de amarla por la ventana. Este es el modo, hija mía, como debe proceder una mujer de mundo.

Pero la desgracia debía de ser completa. Apenas se levantaban de la mesa las dos mujeres, cuando un criado de Víctor se presentó de pronto. Venía de Bourges á todo galope y aprovechando todos los atajos, y llevaba á la condesa una carta de su marido. Víctor, que había abandonado al emperador, anunciaba á su mujer la caída del régimen imperial, la toma de París y el entusiasmo que estallaba en todos los puntos de Francia á favor de los Borbones; pero, no sabiendo cómo llegar hasta Tours, le rogaba que fuese á toda prisa á Orleáns, donde esperaba encontrarse con pasaportes para ella. Este criado, antiguo militar, debía acompañar á Julia desde Tours á Orleáns, camino que Víctor creía aún libre.

—Señora, no tiene usted tiempo que perder—dijo el criado;—los prusianos, los austriacos y los ingleses van á unirse en Blois ó en Orleáns.

En pocas horas la joven estuvo dispuesta, y partió en un antiguo coche de viaje que le prestó su tía.

—¿Por qué no se viene usted á París con nosotros?—dijo Julia á la marquesa abrazándola.—Ahora que los Borbones se restablecen, encontraría usted allí...

—Hijita mía, aunque esa vuelta inesperada no hubiese tenido lugar, hubiera ido á hacerles á ustedes compañía, porque mis consejos son necesarios lo mismo á usted que á Víctor. De modo que voy á dar las órdenes necesarias para mi viaje, á fin de ir á unirme con ustedes.

Julia partió, acompañada de su camarera y del veterano, que galopaba al lado del coche velando por la seguridad de su ama. Por la noche, al llegar á uno de los relevos que hay antes de Blois, Julia, inquieta á causa de un coche que iba detrás del suyo y que no se había separado del de ella desde Amboise, se puso á la portezuela á fin de ver quiénes eran sus compañeros de viaje. La claridad de la luna le permitió ver á Arturo, de pie, á tres pasos de ella, con los ojos fijos en el coche. Sus miradas se encontraron. La condesa se apresuró á introducirse en el fondo del coche, llevada de un sentimiento de miedo que la hizo palpar. Como la mayor parte de las jóvenes realmente inocentes y sin experiencia, veía una falta en aquel amor involuntario que inspiraba á un hombre. Sentía un terror instintivo, motivado sin duda por la conciencia que tenía de su debilidad ante tan audaz agresión. Una de las armas más fuertes del hombre es ese poder terrible que hace que se ocupe de él una mujer cuya imaginación, inconstante por naturaleza, se asusta ó se ofende ante una persecución. La condesa se acordó del consejo de su tía y resolvió permanecer en el interior del coche sin salir de él para nada. Pero en cada punto de relevo, Julia oía al inglés que se paseaba alrededor de los dos coches, y después, en la carretera, el importuno ruido de la calesa resonaba incesantemente en sus oídos. La joven pensó que una vez unida á su marido, éste sabría librarla de aquella singular persecución.

—Pero, ¿y si ese joven no me amase?

Esta reflexión fué la última que se hizo. Al llegar á Orleáns, su coche fué detenido por los prusianos, conducido al



patio de una posada y custodiado por los soldados. La resistencia era imposible. Los extranjeros explicaron á los tres viajeros, con signos imperativos, que habían recibido la consigna de no dejar salir á nadie del coche. La condesa permaneció llorando una ó dos horas, prisionera en medio de los soldados, que fumaban y reían, y á veces la miraban con insolente curiosidad; pero, al fin, vió que se separaban del coche con una especie de respeto al oír el ruido de varios caballos. Acto continuo, un grupo de jefes extranjeros á cuya cabeza iba un general austriaco, rodeó el coche.

—Señora—le dijo el general,—díguese usted dispensarme; ha sido usted víctima de un error; puede usted continuar sin temor su viaje y aquí tiene usted un pasaporte que le ahorrará en lo sucesivo toda molestia.

La condesa cogió el papel temblando y balbuceó algunas palabras. Veía al lado del general, y en traje de oficial inglés, á Arturo, á quien, sin duda, debía su pronta libertad. Alegre al par que melancólico, el joven inglés volvió la cabeza y sólo á hurtadillas se atrevió á mirar á Julia. Gracias al pasaporte, la señora de Aiglemont llegó á París sin que le hubiese ocurrido accidente alguno. Allí encontró á su marido, el cual, desligado ya de su juramento de fidelidad al emperador, fué objeto de la más halagüeña acogida por parte del conde de Artois, nombrado á la sazón teniente general del reino por su hermano Luis XVIII. Victor obtuvo en la guardia real un cargo eminente que le dió honores de general. Sin embargo, en medio de las fiestas que se hicieron para celebrar la vuelta de los Borbones, una inmensa desgracia que debía influir en su vida, hirió á la pobre Julia. Perdió á la marquesa de Listomere-Landón. La anciana dama murió de alegría cuando volvió á ver en Tours al duque de Angulema. De este modo, la persona que, por su edad, tenía autoridad para dirigir á Victor, la única que, por medio de sus sabios consejos, podía establecer la más perfecta armonía entre la mujer y el marido, estaba muerta, sintiendo Julia toda la importancia de esta pérdida. Entre ella y su marido sólo quedaba ella misma. Pero, joven y tímida, tenía que preferir el sufrimiento á la queja. La perfección misma de su carácter era un obstáculo para que ella se atreviese á negarse á cumplir con sus deberes y para que intentase buscar la causa de sus dolores; pues hacerlos cesar hubiera sido

cosa demasiado delicada. Julia hubiera temido herir su pudor de doncella.

Unas cuantas palabras se hacen aquí necesarias respecto á los destinos del señor de Aiglemont cuando la Restauración. ¿No existen muchos hombres cuya profunda nulidad es un secreto para la mayor parte de la gente que los conoce? Un elevado rango, un ilustre nacimiento, el desempeño de importantes cargos, un cierto barniz de distinción, una gran reserva en su conducta, ó los prestigios de la fortuna, son para ellos especie de guardias que impiden á los críticos penetrar hasta el fondo de su existencia. Estos personajes de ficticio mérito interrogan en lugar de hablar, y poseen el arte de poner á los demás en escena, para evitar el tener que ponerse ellos mismos; por otra parte, con sutil astucia, saben sacar partido de las pasiones ó de los intereses del prójimo, burlándose de este modo de hombres que les son realmente superiores, á los que creen pequeños por el mero hecho de haber sabido rebajarlos. Obtienen así el triunfo natural de un pensamiento mezquino, pero constante, sobre la inseguridad de los grandes pensamientos. Para juzgar á esas cabezas vacías y pesar su valor relativo, el observador debe poseer un espíritu más bien sutil que observador, más bien paciente que penetrante, y más astucia y tacto que elevación y grandeza de ideas. Sin embargo, por grande que sea la habilidad que despliegan esos usurpadores para ocultar sus partes débiles, es muy difícil que engañen á sus mujeres, á sus madres, á sus hijos, ó al amigo de la casa; pero ocurre que esas personas les guardan casi siempre el secreto como cosa que atañe al honor común, y muchas veces hasta les ayudan á imponerse al mundo. Si, gracias á esas conspiraciones domésticas, muchos necios pasan por hombres superiores, compensan el número de los hombres superiores que pasan por necios, y de este modo el estado social tiene siempre la misma masa de capacidades aparentes. Pensad ahora en el papel que tiene que desempeñar una mujer de talento y de sentido en presencia de un marido de este género. ¿No veis á veces existencias llenas de dolores y de abnegación, que nada aquí abajo podría compensar? Si una mujer de carácter se encuentra en esta horrible situación, sale de ella por medio de un crimen, como hizo Catalina II, á pesar de haber sido denominada *la Grande*. Pero, como que todas las mujeres no ocupan un trono, ocurre que la mayor parte

sufre las desgracias domésticas que, por ser obscuras, no por eso dejan de ser terribles. Las que buscan aquí abajo consuelos inmediatos á sus males, no hacen, las más de las veces, más que cambiar de penas, cuando quieren permanecer fieles á sus deberes, ó cometer faltas si violan las leyes en provecho de sus placeres. Todas estas reflexiones son aplicables á la secreta historia de Julia. Mientras que Napoleón permaneció en el poder, el conde de Aiglemont, coronel como tantos otros, buen oficial de estado mayor, excelente para llevar á cabo una misión peligrosa, pero incapaz para ejercer un mando de alguna importancia, no excitó envidia alguna; pasó por uno de aquellos valientes que favorecían al emperador, y fué lo que los militares llaman vulgarmente un buen muchacho. La Restauración, que le devolvió el título de marqués, no tuvo que tildarle de ingrato, pues siguió á los Borbones en Gand. Este acto de lógica y de fidelidad hizo mentir al horóscopo que en otro tiempo había sacado de él su suegro, cuando dijo que su yerno no pasaría nunca de coronel. A la segunda vuelta, nombrado teniente general y marqués, el señor de Aiglemont ambicionó la dignidad de par, adoptó las máximas y la política del *Conservador*, se envolvió en un disimulo que no escondía nada, se hizo grave, interrogador, poco hablador, y fué considerado como hombre profundo. Atrincheroado sin cesar en las formas cortesananas, provisto de fórmulas, reteniendo y prodigando las frases hechas que se oyen por lo general en París y que sirven para hacer formar á los tontos un falso concepto de grandeza, las gentes de mundo le reputaron de hombre de gusto y de saber. Aferrado á sus opiniones aristocráticas era citado como hombre de excelente carácter; si, por casualidad, ostentaba á veces la apatía ó la jovialidad de sus primeros años, la insignificancia y la estupidez de sus dichos eran reputados, por los que lo oían, de encerrar algún doble sentido diplomático.

—¡Oh! no dice lo que quiere decir—pensaban algunas gentes de buena fe.

Sacaba provecho lo mismo de sus cualidades que de sus defectos. Su bravura le había valido una elevada reputación militar, que nunca había sido desmentida, porque nunca había mandado en jefe. Su rostro varonil y noble parecía expresar la existencia en él de elevados ideales, y su fisonomía sólo era una impostura para su mujer. A fuerza de oír á

todo el mundo alabar sus falsos talentos, el marqués de Aiglemont acabó por persuadirse de que era uno de los hombres más notables de la corte, donde, gracias á su exterior, supo agradar, y donde sus diferentes aptitudes fueron aceptadas como buenas, sin protesta.

Empero, el señor de Aiglemont era modesto en su casa, comprendía instintivamente la superioridad de su mujer, por joven que ésta fuese, y de este respeto involuntario nació un poder oculto que la marquesa se vió obligada á aceptar, á pesar de sus esfuerzos para rechazar el fardo. Consejera de su marido, dirigió sus acciones y su fortuna. Esta influencia contranatural fué para ella una especie de humillación y el manantial de muchas penas que ella encerraba en su corazón. En primer lugar, su instinto tan delicadamente femenino le decía que es mucho más agradable obedecer á un hombre de talento que dirigir á un estúpido, y que una joven esposa que se ve obligada á pensar y á obrar como un hombre, no es ni mujer ni hombre, abdica de todas las gracias de su sexo y no adquiere ninguno de los privilegios que nuestras leyes han reservado á los más fuertes. Su existencia escondía un amargo sarcasmo. ¿No se veía obligada á honrar á un falso ídolo, á proteger á su protector, pobre ser que, como salario á su continua adhesión, le prodigaba sólo el amor egoísta del marido, sin ver en ella más que á la mujer, sin saber inquietarse por sus placeres, ni adivinar la causa de su tristeza y de su demacración? Como la mayor parte de los maridos que sienten el yugo de un espíritu superior, el marqués salvaba su amor propio, deduciendo de la debilidad física la debilidad moral de Julia, á quien se complacía en compadecer, lamentando su suerte por haberle dado por esposa á una joven enfermiza. En una palabra, que siendo el verdugo, se hacía la víctima. La marquesa, apenada con todas las desgracias de su triste existencia, tenía que sonreír aún á su imbecil amo, y fingió la dicha en su rostro que se marchitaba poco á poco por efecto de los eternos supplicios. Esta responsabilidad de honor, esta abnegación magnífica, dieron insensiblemente á la noble marquesa una dignidad de mujer y una consciencia de la virtud, que le sirvieron de salvaguardia contra los peligros del mundo. Si hemos de sondar á fondo este corazón, diremos que, sin duda, la desgracia íntima y oculta con que su primer amor, aquel sencillo amor de doncella, había sido coronado, le hizo sentir

horror por las pasiones; acaso no pudo concebir la atracción de los goces ilícitos, delirantes, que hacen olvidar á ciertas mujeres las leyes de la honradez y los principios de virtud en que la sociedad está basada. Renunciando, como si fuesen un sueño, á las dulzuras y á la grata armonía que la antigua experiencia de la señora de Listomere le había prometido, aguardaba con resignación el fin de sus penas, esperando morir joven. Desde su vuelta de Turena, su salud se había ido debilitando gradualmente, y la vida parecía que iba agotándose con el sufrimiento, sufrimiento elegante, por otra parte, y enfermedad casi voluptuosa en apariencia y que podía pasar, á los ojos de las gentes superficiales, por un capricho de niña mimada. Los médicos habían condenado á la marquesa á permanecer acostada sobre un diván, donde se enervaba en medio de las flores que la rodeaban, marchitándose como ellas. Su debilidad le impedía andar y tomar el aire, y no salía más que en coche cerrado. Rodeada sin cesar de todas las maravillas del lujo y de la industria moderna, parecía más bien una reina indolente que una enferma. Algunos amigos, enamorados sin duda de su desgracia y de su debilidad, seguros siempre de encontrarla en casa y especulando acaso con su buena salud futura, iban á llevarle noticias y le daban cuenta de esos mil pequeños acontecimientos que tan variada hacen la existencia en París. De modo que su melancolía, aunque grave y profunda, era la melancolía de la opulencia. La marquesa de Aiglemont se parecía á una hermosa flor cuya raíz estuviese roída por algún dañino insecto. Frecuentaba á veces el mundo, más que por gusto, para obedecer á las exigencias de la posición á que aspiraba su marido. Su voz y la perfección de su canto le permitían recoger aplausos que halagan casi siempre á una joven; pero ¿de qué le servían aquellos éxitos que no halagaban ningún sentimiento y que no adulaban ninguna esperanza? A su marido no le gustaba la música, y, por otra parte, se encontraba molesta casi siempre en los salones, donde su belleza le proporcionaba interesados homenajes. Su situación excitaba una especie de compasión cruel, una triste curiosidad. Estaba atacada de una inflamación que suele ser mortal, que las mujeres se confían al oído y que nuestra neología no ha sabido aún darle nombre. A pesar del silencio en que transcurría su vida, la causa de su sufrimiento no era un secreto para nadie. Siempre doncella, á pesar del

matrimonio, las menores miradas le hacían ruborizarse. Por esta razón, para no tener que avergonzarse, se mostraba siempre risueña, alegre; afectaba un falso contento, decía siempre que se encontraba bien, ó evitaba las preguntas sobre su salud por medio de inocentes mentiras. Sin embargo, en 1817, un acontecimiento contribuyó á modificar el deplorable estado en que hasta entonces se había encontrado Julia: tuvo una hija y quiso criarla ella misma. Durante dos años, las vivas distracciones y los inquietos placeres que procuran los cuidados maternos contribuyeron á hacer su vida menos desgraciada. Se separó por necesidad de su marido, y los médicos le pronosticaron una mejoría de salud, aunque la marquesa no dió crédito á aquellos presagios hipotéticos. Como todas las personas para quienes la vida no tiene ya nada de grato, Julia veía sin duda en la muerte un feliz desenlace.

Al principio del año 1819, la vida fué para ella más cruel que nunca. En el momento en que celebraba la dicha negativa que había sabido conquistarse, entrevió espantosos abismos: su marido había ido separándose de ella gradualmente. Este enfriamiento de un afecto tibio ya y egoísta, podía ser causa de más de una desgracia, que su fino tacto y su prudencia le hacían prever. Aunque estuviese segura de conservar un gran imperio sobre Víctor y de haber obtenido su estimación para siempre, temía la influencia de las pasiones sobre un hombre tan nulo y tan vanidosamente inconsiderado. Con mucha frecuencia, los amigos de Julia sorprendían á ésta entregada á largas meditaciones; los menos avisados le pedían cuenta de ellas bromeando, como si una mujer no pudiese pensar más que en frivolidades y como si no tuviesen siempre un profundo sentido los pensamientos de una madre de familia. Por otra parte, la desgracia, lo mismo que la dicha, nos lleva á meditar. Muchas veces, jugando con su Elena, Julia la miraba con tristes ojos, cesaba de responder á aquellas interrogaciones infantiles que tanto placer causan á las madres, para pedir cuenta del destino de su hija al presente y al porvenir, y sus ojos se llenaban de lágrimas cuando algún recuerdo traía á su mente la escena de la gran parada en las Tullerías. Las previsoras palabras de su padre resonaban de pronto en sus oídos, y su conciencia le reprochaba su loca desobediencia. De esto provenían todas sus desgracias, sin que ella misma pudiese decir en oca-

siones cuál de ellas era la más difícil de soportar. No sólo permanecían ignorados los más dulces tesoros de su alma, sino que, en ocasiones, ni aun las cosas más vulgares de la vida podía hacer comprender á su marido. En el momento en que la facultad de amar se desarrollaba en ella con más fuerza y con más actividad, el amor permitido, el amor conyugal, se evaporaba en medio de graves sufrimientos físicos y morales. Por otra parte, sentía por su marido esa compasión que tanto se avvicina al desprecio y que, á la larga, acaba por marchitar todos los sentimientos. Si sus conversaciones con algunos maridos y si los ejemplos y ciertas aventuras del gran mundo no le hubiesen dado á conocer que el amor lleva consigo inmensos goces, sus heridas le hubiesen hecho adivinar los puros y profundos placeres que deben unir dos almas fraternales. En el cuadro que su memoria le trazaba del pasado, la cándida figura de Arturo se destacaba cada día más pura y más hermosa, pero rápidamente, porque no se atrevía á meditar sobre aquel recuerdo. El silencioso y tímido amor del joven inglés era el único acontecimiento que, después de su matrimonio, había dejado gratos recuerdos en aquel corazón sombrío y solitario. Acaso todas las esperanzas mentidas, todos los deseos abortados que gradualmente entristecían el espíritu de Julia, se transportaban, por un juego natural de la imaginación, á aquel hombre, cuyos modales, sentimientos y carácter parecían tener tanta analogía con los suyos. Pero este pensamiento tenía siempre la apariencia de un capricho, de un sueño. Después de este sueño imposible, que terminaba siempre con suspiros, Julia despertaba más desgraciada y sentía aún más sus dolores latentes, después de aliviados al amor de una dicha imaginaria. Había momentos en que sus quejas tomaban un carácter de locura y de audacia, exigiendo placeres á toda costa; pero, los más de ellos, era presa de no sé qué estúpido entorpecimiento; escuchaba sin comprender, ó concebía pensamientos tan vagos y tan indecisos, que ni ella misma hubiese encontrado palabras para expresarlos. Herida en sus deseos más íntimos y en los goces que de soltera había tenido, se veía obligada á devorar sus lágrimas. ¿A quién había de comunicar sus quejas? ¿De quién podía ser escuchada? Por otra parte, poseía esa extremada delicadeza de mujer y ese maravilloso pudor del sentimiento, que consiste en ahogar las quejas inútiles y en no

aprovecharse de ventaja alguna cuando el triunfo tiene que humillar al vencedor y al vencido. Julia procuraba atribuir su capacidad y sus propias virtudes al señor de Aiglemont, y se alababa de disfrutar una dicha de que carecía. Toda su astucia de mujer se empleaba en manejos ignorados por aquel mismo cuyo despotismo perpetuaba. Había instantes en que se sentía anonadada por la desgracia, sin ideas, sin voluntad; pero, por fortuna, una piedad verdadera la atraía siempre al terreno de la esperanza suprema: se refugiaba en la vida futura, admirable creencia que le hacía aceptar de nuevo su dolorosa labor. Aquellos combates terribles, aquellos desgarramientos interiores, carecían de gloria; aquellas largas melancolías eran desconocidas: ninguna criatura recogía sus tristes miradas, sus amargas lágrimas derramadas á cada paso en la soledad.

Los peligros de la situación crítica á que insensiblemente había llegado la marquesa, llevada por la fuerza de las circunstancias, fueron conocidos por ella en toda su gravedad durante una noche del mes de enero de 1820. Cuando dos esposos se conocen perfectamente, cuando una mujer sabe interpretar los menores gestos de un hombre y puede penetrar los sentimientos y las cosas que le esconde, luces repentinamente brotan á veces de las reflexiones ó de las observaciones precedentes, debidas á la casualidad, ó hechas primitivamente con indiferencia. Muchas veces, una mujer despierta de pronto á orillas ó en el fondo de un abismo. Feliz al verse sola, de este modo adivinó la marquesa el secreto de su soledad. Inconstante ó saciado, generoso ó lleno de piedad por ella, su marido no le pertenecía ya. En este momento, ya no pensó en sí, ni en su sufrimiento, ni en sus sacrificios; no fué más que madre y pensó en la fortuna, el porvenir y la dicha de su hija, único ser que le proporcionaba alguna felicidad y único bien que le hacía sentir algún apego á la vida. Ahora, Julia quería vivir para preservar á su hija del espantoso yugo con que una madrastra podría ahogar la vida de aquel ser querido. Ante esta nueva previsión, pensando en este siniestro porvenir, fué presa de una de esas ardientes meditaciones que devoran muchos años de vida. En lo sucesivo, entre ella y su marido debía existir todo un mundo de pensamientos, cuyo peso llevaría ella sola. Hasta entonces, segura de ser amada por Víctor tanto como éste era capaz de amar, se había sacrificado por una dicha de la que

ni siquiera participaba. Pero, en lo sucesivo, como no tuviese ya la satisfacción de saber que sus lágrimas hacían feliz á su marido, sola en el mundo, no le quedaba más alternativa que la elección de desgracias. En medio del abatimiento que en la calma y el silencio de la noche agotó todas sus fuerzas, en el momento en que, dejando su diván y su fuego casi extinguido, iba á contemplar á su hija con ojos tristes al resplandor de una lámpara, el señor de Aiglemont entró lleno de contento. Julia le hizo admirar el sueño de Elena, pero él acogió el entusiasmo de su mujer con este dicho trivial:

—A esa edad, todos los niños son bonitos.

Y después de haber besado con indiferencia la frente de su hija, dejó caer el pabellón de su cuna, miró á Julia, le cogió la mano y la hizo sentar de nuevo en aquel diván donde tan fatales pensamientos acababan de ocurrírsele.

—Señora de Aiglemont, ¡qué hermosa está usted esta noche!—exclamó con aquella insoportable alegría cuya falta de fundamento conocía tanto la marquesa.

—¿Dónde ha pasado usted la noche?—le preguntó Julia fingiendo profunda indiferencia.

—En casa de la señora de Serizy.

Había tomado de encima de la chimenea un abanico y examinaba su transparencia con atención, sin haber notado la huella de las lágrimas que sobre él había derramado su mujer. Julia se estremeció. El lenguaje no bastaría para expresar el torrente de pensamientos que se agolpó á su cerebro y que ella tuvo que contener.

—La señora de Serizy da un concierto el lunes próximo, y se muere de ganas de verte. El solo hecho de que no te hayas presentado en sociedad hace ya tiempo, basta para que ella desee verte en su casa. Es una buena mujer, que te quiere mucho. Me gustaría muchísimo que fueses y casi he respondido de ello.

—Iré—respondió Julia.

El sonido de la voz, el acento y la mirada de la marquesa tuvieron un no sé qué tan penetrante y tan particular, que Víctor, á pesar de su indiferencia, miró á su mujer con asombro. Aquella sola escena había bastado, y Julia había adivinado por ella que la señora de Serizy era la mujer que le había robado el corazón de su marido. La pobre esposa quedó sumida en desesperante meditación y parecía muy

ocupada en contemplar el fuego. Víctor daba vueltas al abanico entre sus dedos, con ese aire ocioso del hombre que, después de haber sido feliz en otra parte, sólo lleva á su casa el cansancio de su dicha. Después de haber bostezado varias veces, tomó una luz con una mano, y con la otra quiso coger el cuello de su mujer para atraerla hacia sí y besarla; pero Julia se bajó, le presentó la frente y recibió en ella el beso de la noche, ese beso maquinal y sin amor, especie de mueca que le pareció entonces odiosa. Cuando Víctor hubo cerrado la puerta, las piernas de la marquesa vacilaron, se dejó caer sobre una silla y rompió en amargo llanto. Es preciso haber sufrido un suplicio de alguna escena análoga para comprender los dolores que ésta encierra y para adivinar los terribles y largos dramas á que da lugar. Esas simples é indiferentes palabras, esos silencios entre los dos esposos, los gestos, las miradas, la manera como el marqués se había sentado ante el fuego, el movimiento que hizo para intentar besar el cuello de su mujer, todo sirvió para que aquella hora fuese un trágico desenlace de la dolorosa y solitaria vida que llevaba Julia. Llevada de su dolor, se puso de rodillas delante de su diván, sumergió en él el rostro para no ver nada, y, dando á las palabras habituales de su oración un culto íntimo, una nueva significación que hubiese desgarrado el corazón de su marido si las hubiese oído, rezó. Ocho días permaneció preocupada con su porvenir, presa de su desgracia, que ella estudiaba, procurando no engañarse y conquistar de nuevo su imperio sobre el marqués viviendo el tiempo suficiente para velar por la dicha de su hija. Resolvió luchar con su rival, reaparecer en el mundo, brillar en él, fingir por su marido un amor que ya no podía sentir, seducirle, y después, cuando con sus artificios le tuviera sometido á su poder, ser coqueta con él como lo son esas caprichosas queridas que sienten un placer atormentando á sus amantes. Este odioso manejo era el único remedio posible para sus males. De este modo, se haría dueña de sus sufrimientos, los ordenaría á su capricho y los haría más raros al mismo tiempo que subyugaba á su marido y que lo domaba ejerciendo sobre él un terrible despotismo. Ya no sintió remordimiento alguno ante la idea de imponerle una vida enojosa. De un salto se colocó en el terreno de los fríos é indiferentes cálculos para salvar á su hija, adivinó de pronto las perfidias y las mentiras de las criaturas que no

aman, los engaños de la coquetería y esas atroces astucias que hacen odiar tan profundamente á la mujer, en quien los hombres suponen entonces innatas corrupciones. Sin que Julia se diese cuenta de ello, su vanidad femenina, su interés y un vago deseo de venganza se pusieron de acuerdo con su amor maternal para hacerle entrar en una senda donde le esperaban nuevos dolores. Pero tenía un alma demasiado hermosa, un espíritu demasiado delicado, y, sobre todo, demasiada franqueza para ser por mucho tiempo cómplice de estos fraudes. Acostumbrada á leer en su interior, al primer paso dado en el vicio, pues esto no era más que vicio, el grito de su conciencia debía ahogar el de sus pasiones y el de su egoísmo. En efecto, en una mujer cuyo corazón es aún puro y cuyo amor ha sido virgen, hasta el sentimiento de la maternidad está sometido á la voz del pudor. ¿No es éste el todo para la mujer? Pero Julia no quiso ver ningún peligro ni ninguna falta en su nueva vida. Fué á casa de la señora de Serizy. Su rival esperaba ver á una mujer pálida, lánguida; pero la marquesa se había puesto colorete y se presentó vestida con una elegancia que realzaba mucho su belleza.

La señora condesa de Serizy era una de esas mujeres que pretenden ejercer en París una especie de imperio sobre la moda y sobre el mundo; dictaba sentencias que, recibidas por el círculo en que reinaba, le parecían universalmente adoptadas; tenía la pretensión de ser graciosa, y era soberanamente crítica. Literatura, política, hombres y mujeres, todo sufría su censura, y la señora de Serizy parecía desafiar la de los otros. Su casa era en todo un modelo de buen gusto. En medio de estos salones, llenos de hermosas y elegantes mujeres, Julia triunfó de la condesa. Espiritual, animada, vivaracha, se vió rodeada por los hombres más distinguidos de la reunión. Para desesperación de las mujeres, su tocado y vestido eran irreprochables, y todas le envidiaron el corte de sus ropas y la forma de su talle, que fué atribuido generalmente al desconocido genio de alguna costurera, pues las mujeres prefieren creer en la ciencia de los trapos, que en la gracia de las que han nacido para saberlos llevar. Cuando Julia se levantó para ir al piano á cantar la romanza de Desdémona, los hombres acudieron de todos los salones para oír aquella célebre voz que tanto tiempo había estado muda, y reinó un

profundo silencio. La marquesa experimentó vivas emociones al ver cómo se apiñaban las cabezas á las puertas y al sentir que todas las miradas se dirigían á ella. Buscó á su marido, lanzóle una mirada llena de coquetería y vió con placer que en aquel momento su amor propio estaba extraordinariamente halagado. Feliz con este triunfo, maravilló á la reunión en la primera parte del *Al piu salice*. Ni la Malibrán ni la Pasta habían cantado nunca aquellos aires con tan perfecto sentimiento y entonación; pero, en el momento en que iba á repetirlo, miró á los grupos y vió á Arturo, cuya mirada no se separaba de ella ni un momento. Se estremeció vivamente, su voz se alteró, y la señora de Serizy se precipitó hacia ella, diciéndole:

—¿Qué tiene usted, querida mía? ¡Oh! ¡pobrecilla! ¡está tan delicada! Me temía esto al ver que emprendía una labor superior á sus fuerzas...

La romanza quedó interrumpida. Julia, despechada, no se sintió con fuerzas para continuar, y tuvo que sufrir la pérdida de la compasión de su rival. Todas las mujeres cuchichearon, y á fuerza de discutir este incidente, acabaron por adivinar la lucha empezada entre la marquesa y la señora de Serizy, que fué objeto también de sus murmuraciones. Los extraños presentimientos que tantas veces habían agitado á Julia se encontraban de pronto realizados. Ocupándose de Arturo, se había complacido en creer que un hombre tan amable y delicado en apariencia, debía de haber permanecido fiel á su primer amor. A veces le halagaba ser objeto de aquella hermosa pasión, pasión pura y verdadera de un hombre joven, cuyos pensamientos todos pertenecen á su amada, cuyos momentos todos le son consagrados, que no tiene secretos, que se ruboriza por lo mismo que hace ruborizar á una mujer que piensa como ésta, que no la mortifica con rivales, y se entrega á ella sin pensar en la ambición, en la gloria y en la fortuna. Todo esto había soñado ella por locura, por distracción, cuando de pronto creyó ver su sueño cumplido. Leyó en el rostro casi femenino del joven inglés los profundos dolores de que ella misma era víctima. Julia se reconoció en él. La desgracia y la melancolía son los intérpretes más elocuentes del amor y se comunican á dos seres que sufren con una increíble rapidez. La vista íntima y la intuspección de las cosas ó de las ideas son en ellos completas y justas. Por eso la violencia del choque que recibió la con-

desa le reveló todos los peligros del porvenir. Contenta con poder encontrar un pretexto de su turbación en su habitual estado de sufrimiento, se dejó anonadar gustosa por la ingeniosa piedad de la señora de Serizy.

La interrupción de la romanza era un acontecimiento que comentaban todas las personas de muy diverso modo. Los unos deploraban la suerte de Julia y lamentaban el que una mujer tan notable estuviese perdida para el mundo; los otros querían saber la causa de sus sufrimientos y de la soledad en que vivía.

—Vamos, mi querido Ronquerolles—decía el marqués al hermano de la señora de Serizy,—¿no envidiabas mi dicha al ver á la señora de Aiglemont, y no me reprochabas mi infidelidad? Si tú tuvieses que permanecer como yo, durante uno ó dos años, en presencia de una mujer bonita, sin atreverte á besarle la mano por temor á hacerle daño, ya verías qué poco envidiabas mi suerte. No te enamores de esos delicados juguetes, buenos únicamente para ser contemplados, y cuya fragilidad y carestía nos obligan á respetarlos siempre. ¿Sacas tú á menudo á pasear tu hermoso caballo, para el que temes las nieves y las lluvias? Pues esa es mi historia. Es verdad que estoy seguro de la virtud de mi mujer; pero mi matrimonio es una cosa de lujo, y si me crees casado, te engañas. Por eso mis infidelidades son en cierto modo legítimas. Señores bromistas, ya quisiera yo saber lo que harían ustedes en mi lugar. Muchos de ustedes habría que tendrían muchas menos consideraciones con su mujer de las que yo tengo con la mía. Estoy seguro de que la señora de Aiglemont no sospecha nada—añadió en voz baja.—Así es que haría mal en quejarme, porque, á decir verdad, me considero feliz. Únicamente que nada es más fastidioso para un hombre sensible que ver sufrir á la pobre criatura á quien está unido.

—Pues tú debes ser muy sensible—añadió el señor de Ronquerolles,—porque rara vez estás en casa.

Este amistoso epigrama hizo reír á los auditores, pero Arturo permaneció frío é imperturbable como caballero que ha tomado la gravedad como base de su carácter. Sin duda las extrañas palabras de aquel marido hicieron concebir alguna esperanza al joven inglés, el cual esperó con paciencia el momento de poder encontrarse á solas con el señor de Aiglemont, y la ocasión no tardó en presentarse.

—Caballero—le dijo,—veo con infinita pena el estado de la señora marquesa, y si usted supiese que, por falta de un régimen particular, debe morir miserablemente, creo que no bromearía usted con sus sufrimientos. Si le hablo á usted de este modo, es porque tengo la seguridad de salvar á la señora de Aiglemont y de devolverle la vida y la felicidad. Es poco natural que un hombre de mi rango sea médico, y, sin embargo, la casualidad ha querido que yo estudiase medicina. Ahora bien, yo me aburro bastante—dijo afectando un frío egoísmo que había de servirle para llevar á cabo sus designios—para que me sea indiferente invertir mi tiempo y mis viajes en provecho de un ser que sufre, en lugar de satisfacer tontos caprichos. La curación de esa clase de enfermedades es rara, porque exigen muchos cuidados, tiempo y paciencia; es preciso, sobre todo, tener fortuna, viajar, y seguir escrupulosamente prescripciones que varían cada día y que no tienen nada de desagradables. Nosotros somos dos nobles—dijo dando á esta palabra la acepción de la palabra inglesa *gentleman*—y podemos entendernos. Le prevengo que si acepta usted mi proposición, ha de ser usted á todas horas el juez de mi conducta. Nada haré yo sin haber oído antes la opinión de usted, y respondo del éxito, si consiente usted en obedecerme. Sí, yo la curaré, á menos que no quiera usted ser poco tiempo el esposo de la señora de Aiglemont.

—Milord, sólo un inglés—dijo el marqués riéndose—podía ser capaz de hacerme tan extraña proposición. Permítame usted que ni la rechace ni la acepte: lo pensaré, sin olvidar que ante todo es preciso consultar á mi mujer.

En aquel momento reapareció Julia en el piano. Cantó el aire de Semiramis, *Son regina, son guerriera*. Aplausos unánimes, pero sordos, y las cortesanías exclamaciones del arrabal Saint-Germain fueron muestra del entusiasmo que Julia había despertado.

Cuando Aiglemont acompañó á su mujer á casa, Julia vió con una especie de inquieto placer el rápido éxito de sus tentativas. Su marido, excitado por el papel que ella acababa de desempeñar, quiso honrarla con un regalo, y le tomó afición como si se hubiese tratado de una actriz. Julia tuvo una gran satisfacción al verse tratada de aquel modo, siendo virtuosa como era y casada; intentó jugar con su poder, y en esta primera lucha, su bondad le hizo sucumbir una vez

más, siendo esta la lección más terrible que le guardaba la suerte. A eso de las dos ó las tres de la mañana, Julia permanecía incorporada, sombría y pensativa, en el lecho conyugal; una lámpara de escasa luz alumbraba débilmente la habitación, y el silencio más profundo reinaba en ella. Después de una hora próximamente de profunda meditación, la marquesa, herida de punzantes remordimientos, derramaba lágrimas cuya amargura sólo puede ser comprendida por aquellas mujeres que se hayan encontrado en una situación análoga. Era preciso tener el alma que tenía Julia para sentir, como ella, horror por una caricia calculada y para encontrarse herida, como estaba ella, por un beso frío. Su situación equivalía á una apostasía del corazón agravada aún por una dolorosa prostitución. Se despreciaba á sí misma, maldecía el matrimonio, hubiera querido estar muerta, y, si su hija no hubiera lanzado un grito, sin duda se hubiera arrojado á la calle por la ventana. El señor de Aiglemont dormía tranquilamente á su lado, sin que le despertasen las ardientes lágrimas que su mujer dejaba caer sobre él. Al día siguiente, Julia supo estar alegre. Sacó fuerzas de flaqueza para aparecer feliz y para ocultar, no ya su melancolía, sino un invencible horror. Desde aquel día, ya no se consideró mujer irreprochable. ¿No se había engañado á sí misma? Desde entonces, ¿no era capaz de disimular y no podía más tarde desplegar una profundidad asombrosa en los delitos conyugales? Su matrimonio era causa de aquella perversidad *á priori* que aun no había llevado á la práctica. Sin embargo, se había preguntado ya por qué había de resistir á un amante amado, cuando se entregaba contra su corazón y contra los deseos de la naturaleza á un marido á quien ya no amaba. Todas las faltas y los crímenes tienen, sin duda, por principio un mal razonamiento ó algún exceso de egoísmo. La sociedad no puede existir sin los sacrificios individuales que exigen las leyes. Aceptar las ventajas de éstas, ¿no es comprometerse á cumplir las condiciones que la hacen subsistir? Pero los desgraciados sin pan, obligados á respetar la propiedad, no son menos dignos de lástima que las mujeres heridas en sus deseos y en la delicadeza de su naturaleza. Algunos días después de esta escena, cuyos secretos quedaron encerrados en el lecho conyugal, lord Grenville fué presentado por Aiglemont á su mujer. Julia recibió á Arturo con una fría amabilidad que hacía honor á

su disimulo. Impuso silencio á su corazón, veló sus miradas, dió firmeza á su voz, y pudo de ese modo seguir siendo dueña de su porvenir. Después de haber reconocido por estos medios, innatos, por decirlo así, en la mujer, toda la extensión del amor que había inspirado, la señora de Aiglemont acarició la esperanza de una pronta curación, y no opuso resistencia á la voluntad de su marido, el cual le exigía que aceptase los cuidados del joven doctor. No quiso, empero, confiarse á lord Grenville hasta después de haber estudiado sus palabras y sus modales, á fin de estar segura de que tendría la generosidad de sufrir en silencio. Julia ejercía sobre el joven inglés un poder absoluto y abusaba ya de él: ¿no era mujer?

Montcontour es una casa solariega, situada sobre una de esas series de rocas, cuya base baña el Loire, no lejos del lugar en que Julia se había detenido en 1814. Es uno de esos pequeños palacios de Turena, blancos, bonitos, con torrecillas esculpidas y bordadas como un encaje de Malines; uno de esos palacios diminutos, preciosos, que se miraba en las aguas del río con sus espesuras de moreras, sus viñedos, sus largas balaustradas, sus bodegas de roca, sus capas de hiedra y sus escarpaduras. Los tejados de Montcontour brillan bajo el influjo de los rayos del sol, y todo es allí ardiente. Mil huellas de España poetizan esta encantadora mansión: la retama y las campanillas perfumaban la brisa; el aire era tibio, la tierra sonríe en todas partes, y en todas partes las gratas magias halagan el alma y la hacen volverse perezosa y enamorada, halagándola y meciéndola. Esta hermosa y suave comarca adormece los dolores y despierta las pasiones. Nadie hay que permanezca frío bajo aquel cielo puro y entre aquellas limpidas aguas. Allí muere más de una ambición, y allí se acuesta uno en el seno de una tranquila dicha, cual se acuesta el sol entre sus envolturas de azul y púrpura.

En una hermosa tarde del mes de agosto, en 1821, dos personas atravesaban los pedregosos caminos que surcan las rocas en que tiene asiento el palacio, y se dirigían hacia las alturas para admirar, sin duda, los múltiples puntos de vista que desde ellas se alcanzan. Estas dos personas eran Julia y lord Grenville. Pero aquella Julia parecía ser otra completamente nueva. La marquesa tenía los frescos colores de la salud. Sus ojos, vivificados por un fecundo poder, brillaban á través de un húmedo vapor, semejante al fluido



que da á los ojos de los niños irresistibles atractivos. Julia sonreía sin afectación, se consideraba feliz viviendo, y concebía la vida. Por el modo como movía sus diminutos pies, era fácil ver que ningún sufrimiento entorpecía como antes sus movimientos, ni daba carácter de tristeza á sus palabras, á sus miradas y á sus gestos. Bajo la sombrilla de seda blanca que la preservaba de los ardientes rayos del sol, parecía una recién casada con el velo, una virgen dispuesta á entregarse á los encantos del amor. Arturo la conducía con un cuidado de amante, la guiaba como se guía á un niño, la llevaba por el mejor camino, le hacía evitar las piedras, le enseñaba algún punto de vista hermoso, ó la llevaba á contemplar una flor, movido siempre de un perpetuo sentimiento de bondad, de una atención delicada y de un conocimiento íntimo del bienestar de aquella mujer, sentimientos éstos que parecían ser tan innatos en él como el movimiento necesario para su propia existencia. La enferma y el médico caminaban con paso igual y, sin asombrarse de un acuerdo que parecía haber existido desde el primer día en que marcharon juntos, obedecían á una misma voluntad y se detenían impresionados por las mismas sensaciones; sus miradas y sus palabras correspondían á pensamientos mutuos. Llegados ambos á lo más elevado de una viña, quisieron ir á descansar, sentándose en una de esas largas piedras blancas que se extraen continuamente de los hoyos practicados en la roca; pero, antes de sentarse, Julia contempló el paisaje.

—¡Qué país más hermoso!—exclamó.—Levantemos una tienda y vivamos aquí. ¡Victor!—gritó—¡ven! ¡ven!

El señor de Aiglemont respondió desde abajo dando un grito de cazador, pero sin apresurar el paso, y contentándose con mirar á su mujer de vez en cuando, si por casualidad se lo permitían las sinuosidades del sendero. Julia aspiró el aire con placer, levantando la cabeza y dirigiendo á Arturo una de esas inteligentes miradas, con que una mujer de talento expresa todos sus pensamientos.

—¡Oh!—repuso—quisiera permanecer aquí siempre. ¿Puede uno cansarse nunca de admirar este precioso valle? ¿Sabe usted el nombre de este bonito río, milord?

—Es el Cise.

—¿El Cise?—repitió.—¿Y qué es aquello que se ve allá abajo, delante de nosotros?

—Son las colinas del Cher.

—¿Y á la derecha?... ¡Ah! sí, es Tours. Pero vea usted qué hermoso efecto producen en lontananza los campanarios de la catedral.

Y guardó silencio, dejando caer sobre la mano de Arturo la mano que había tendido para señalar la ciudad. Ambos admiraron en silencio el paisaje y las bellezas de aquella armoniosa naturaleza. El murmullo de las aguas, la pureza del aire y del cielo, todo estaba de acuerdo con la multitud de pensamientos que se agolparon á sus jóvenes y enamorados corazones.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡cuánto me gusta este país!—repitió Julia con creciente y sencillo entusiasmo.—¿Vivió usted aquí mucho tiempo?—repuso después de una pausa.

Al oír estas palabras, lord Grenville se estremeció.

—Allí fué—respondió con melancolía señalando una espesura de nogales próximos al camino,—allí fué donde, siendo yo prisionero, la vi á usted por primera vez...

—Sí, pero entonces estaba yo tan triste, que esta naturaleza me pareció salvaje, mientras que ahora...

Y se detuvo sin que lord Grenville se atreviese á mirarla.

—Mientras que ahora es á usted á quien debo este placer—continuó Julia después de un largo silencio.—¿No es preciso estar viva para experimentar los goces de la vida, y no estuve yo hasta ahora muerta para todo? Usted me ha dado más que la salud; usted me ha enseñado á conocer su valor.

Las mujeres tienen un inimitable talento para expresar sus sentimientos sin emplear palabras demasiado vivas; su elocuencia estriba más que en nada en el acento, en el gesto, en la actitud y en las miradas. Lord Grenville escondió la cara entre sus manos para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos. Aquellas palabras de agradecimiento eran las únicas que Julia había pronunciado desde su salida de París. Durante un año entero había cuidado á la marquesa con la abnegación más absoluta. Secundado por Aiglemont, la había acompañado á las aguas de Aix y después á las orillas del mar, á la Rochele. Espiando á cada instante los cambios que sus sabias y sencillas prescripciones producían en la gastada constitución de Julia, la había cuidado con el mismo cariño con que un horticultor apasionado puede cuidar una flor rara. La marquesa fingió recibir los inteligentes cuidados de Arturo con todo el egoísmo de una parisiense acostumbrada á los

homenajes, ó con la indiferencia de una cortesana que no sabe el coste de las cosas ni el valor de los hombres, midiéndolo todo únicamente por la cantidad de utilidad que le reporta. La influencia que los lugares ejercieron en su alma, es cosa digna de observación. Si la melancolla se apodera infaliblemente de nosotros cuando estamos á orillas de las aguas, otra ley de nuestra naturaleza impresionable hace que, con la contemplación de las montañas, nuestros sentimientos se purifiquen, ganando la pasión en profundidad lo que parece perder en vivacidad. La vista del vasto departamento del Loire, la elevación de la hermosa colina donde los dos amantes estaban sentados, eran causa indudable de la deliciosa calma con que saborearon en un principio la dicha que produce la adivinación de la magnitud de una pasión oculta, mediante el cambio de palabras insignificantes en apariencia. En el momento en que Julia acababa la frase que tan vivamente había emocionado á lord Grenville, una grata brisa agitó la cima de los árboles y comunicó á los aires la fresca de las aguas. Algunas nubes cubrieron el sol, y una débil sombra permitió admirar todas las bellezas de aquella hermosa naturaleza. La ternura de Arturo impresionó á Julia de tal modo, que volvió la cabeza para ocultar al joven lord la vista de las lágrimas, que logró retener y secar, no atreviéndose á levantar los ojos por temor á que leyese en ellos la alegría que expresaban. Su instinto de mujer le hacía comprender que en aquella hora peligrosa debía encerrar su amor en el fondo de su corazón. Sin embargo, el silencio podía ser igualmente temible. Viendo que lord Grenville no estaba en estado de pronunciar palabra alguna, Julia repuso con cariñosa voz:

—Milord, veo que le han conmovido á usted mis palabras, y sin duda esa grata expansión es una manera delicada y digna que toman las almas buenas como la suya, para ocultar un falso juicio. Al verme fría y reservada, me habrá usted creído ingrata, burlona ó insensible durante este viaje que con tanta felicidad acabamos de terminar. No hubiera sido digna de los cuidados de usted, si no hubiese sabido apreciarlos. Milord, no he olvidado nada; no, ni olvidaré tampoco nunca la solicitud con que veló usted por mí como una madre vela por su hijo, ni la noble confianza de nuestras fraternales entrevistas, ni la delicadeza de vuestro proceder, seducciones contra las cuales no hay defensa posible.

Milord, mi poder no alcanza para recompensarle á usted sus servicios.

Dichas estas palabras, Julia se apresuró á alejarse, y lord Grenville no hizo movimiento alguno para detenerla. La marquesa subió á la cima de una roca poco distanciada y permaneció inmóvil; las emociones de aquellos dos seres fueron un secreto para ellos mismos. Ambos lloraron en silencio. Los cantos de los pájaros, tan alegres, tan pródigos en tiernas expresiones al ponerse el sol, debieron aumentar la violenta conmoción que los había obligado á separarse: la naturaleza se encargaba de expresarles un amor del que no se atrevían á hablar.

—Milord—repuso Julia volviendo al lado de Arturo y colocándose en una actitud llena de dignidad, que le permitió cogerle la mano,—voy á rogarle á usted que conserve pura y santa esta vida que me ha restituido. Aquí nos separaremos. Ya sé—añadió al ver que palidecía lord Grenville—que voy á exigirle á usted un sacrificio mucho mayor aún que aquellos cuya extensión debía ser mejor reconocida por mí... Pero es preciso... Usted no permanecerá en Francia. Mandarle á usted esto, ¿no es concederle derechos que han de ser sagrados?—añadió poniendo la mano del joven sobre su corazón palpitante.

—Sí—dijo Arturo levantándose.

En aquel momento señaló á Aiglemont, que llevaba á su hija en brazos y que aparecía en el otro lado de la cañada, en la balastrada del castillo. Se había ido allí para hacer saltar á su pequeña Elena.

—Julia, no le hablaré á usted de nuestro amor, pues nuestras almas se comprenden demasiado bien. Por profundos y secretos que hayan sido los placeres de mi corazón, usted ha participado de ellos. Lo siento, lo sé, lo veo. Ahora, adquiero la deliciosa prueba de la constante simpatía de nuestros corazones, pero huiré. He meditado ya demasiadas veces los medios de matar á ese hombre para poder resistir á mis deseos, si sigo permaneciendo á su lado de usted.

—El mismo pensamiento he tenido yo—dijo Julia dejando aparecer en su turbado rostro las huellas de una dolorosa sorpresa.

Pero el acento y el gesto de Julia encerraban tanta virtud, tanta seguridad de sí misma y tantas victorias secretamente

obtenidas sobre su amor, que lord Grenville quedó mudo de admiración. Hasta la sombra del crimen se había borrado de aquella sencilla conciencia. El sentimiento religioso que brillaba en aquella hermosa frente debía ahuyentar siempre los malos é involuntarios pensamientos que nuestra imperfecta naturaleza engendra, pero que muestran á la vez la grandeza y los peligros de nuestro destino.

—Entonces me hubiera expuesto á su desprecio, y éste me hubiese salvado—repuso Julia bajando los ojos.—Perder la estimación de usted ¿no equivale á la muerte?

Aquellos dos heroicos amantes permanecieron un momento más en silencio, ocupados en devorar sus penas. Buenos ó malos, sus pensamientos eran enteramente iguales, y lo mismo se entendían en sus más intensos placeres que en sus más ocultos dolores.

—Yo no puedo quejarme, porque la desgracia de mi vida es obra mía—añadió la condesa levantando hacia el cielo sus ojos llenos de lágrimas.

—Milord—exclamó el general haciendo un gesto desde el sitio en que se hallaba,—aquí nos encontramos por primera vez. ¿Acaso no se acuerda usted ya? Mire usted, allá abajo, al lado de aquellos álamos.

El inglés respondió haciendo una brusca inclinación de cabeza.

—Sí, yo tenía que morir joven y desgraciada, y no crea usted que puedo vivir mucho tiempo—respondió Julia.—La pena será para mí tan mortal como hubiera podido serlo la terrible enfermedad de que usted me ha curado. No me creo culpable. No, los sentimientos que usted me ha inspirado son irresistibles y eternos, aunque involuntarios, y quiero permanecer siempre virtuosa. Sin embargo, seré á la vez fiel á mi conciencia de esposa, á mis deberes de madre y á los deseos de mi corazón. Escuche usted—le dijo con voz alterada;—jamás volveré á pertenecer á ese hombre, no, jamás.

Y con un espantoso gesto de horror y de verdad, señaló á su marido.

—Las leyes del mundo—repuso la condesa—exigen que yo haga su existencia feliz, y obedeceré á ellas: seré su esclava, mi adhesión no tendrá límites; pero desde hoy soy viuda. No quiero ser una prostituta ni á mis ojos ni á los del mundo, y si desde hoy no pertenezco ya al señor de

Aiglemont, tampoco perteneceré á nadie del mundo. Usted no tendrá de mí más que lo que ha arrancado. Esta es la sentencia que he pronunciado sobre mí misma—dijo mirando á Arturo con arrogancia,—y tenga usted entendido que es irrevocable. Sepa usted, además, que, si cediese usted á un pensamiento criminal, la viuda del señor de Aiglemont entraría en un convento, ya en Italia ó ya en España. La desgracia quiso que hablásemos de nuestro amor. Estas confesiones eran sin duda inevitables; pero ojalá que esta sea la última vez que nuestros corazones vibren con tanta fuerza. Mañana debe usted fingir que recibe una carta de Inglaterra en la que le llaman, y nos separaremos para no volver á vernos nunca.

No obstante, Julia, agobiada por este esfuerzo, sintió que sus rodillas flaqueaban, un frío mortal se apoderó de ella, y, llevada de un pensamiento muy femenino, se cogió, para no caer, al brazo de Arturo.

—¡Julia!—gritó lord Grenville.

Este penetrante grito resonó como un trueno. Esta desgarradora exclamación expresó todo lo que el amante, callado hasta entonces, no había podido decir.

—¿Qué tiene?—preguntó de pronto el general, que, al oír aquel grito, había apresurado el paso encontrándose en seguida ante los dos amantes.

—Esto no será nada—dijo Julia con una admirable sangre fría que la astucia propia de las mujeres les permite tener á veces en las grandes crisis de la vida.—La frescura del aire ha estado á punto de hacerme perder el conocimiento, y el doctor ha debido temblar de miedo. ¿No soy para él algo así como una obra de arte que aun no está acabada? La idea de verla destruída le hace temblar.

Y dicho esto, tomó con audacia del brazo á lord Grenville, sonrió á su marido, contempló el paisaje antes de dejar la cima de las rocas, y arrastró tras sí á su compañero de viaje llevándole por la mano.

—Este es indudablemente el lugar más hermoso que hemos visto y que yo no olvidaré nunca—dijo Julia.—Vea usted, Víctor, qué perspectiva, qué extensión y qué variedad. Este país me hace concebir el amor.

Riéndose convulsivamente, á fin de engañar á su marido, saltó alegremente de roca en roca y desapareció de su presencia.

—¿Por qué tan aprisa?—dijo una vez que estuvo lejos del señor de Aiglemont.—Amigo mío, dentro de un instante ya no podremos ser ni seremos los mismos, y, en una palabra, ya no viviremos.

—Vamos, pues, más despacio—respondió lord Grenville; —los coches están aún lejos. Podemos ir cogidos del brazo, y, si no podemos hablar, nuestras miradas harán vivir un momento más á nuestros corazones.

Se pasearon por aquellos lugares á orillas de las aguas, disputando de los últimos resplandores del sol y dirigiéndose palabras vagas y suaves como el murmullo del Loire, pero que removían el alma. El sol, en el momento de su puesta, los envolvió, antes de desaparecer, con sus rojos reflejos, imagen melancólica de su fatal amor. Muy inquieto al ver que no encontraba el coche en el lugar en que se había detenido, el general iba delante de los dos amantes sin mezclarse en su conversación. La noble y delicada conducta que lord Grenville había observado durante el viaje, acabó por destruir las sospechas del marqués, el cual, confiando en la fe púnica del lord-doctor, hacía ya algún tiempo que dejaba en libertad á su mujer. Arturo y Julia marchaban con lentitud y expresaban una melancolía que estaba en un todo de acuerdo con sus lacerados corazones. Un momento antes, cuando subían á través de las escarpaduras de Montcontour, ambos tenían una vaga esperanza y disfrutaban de una inquieta dicha, de la que no se atrevían á pedirse cuenta; pero, al bajar á lo largo de la calzada, habían derribado el frágil edificio construido en su imaginación, frente al cual no se atrevían ya á respirar, temiendo, como los niños cuando prevén la caída del castillo de naipes que han edificado. Estaban desesperanzados. Aquella misma noche, lord Grenville partió. La última mirada que dirigió á Julia probó desgraciadamente que, desde el momento en que la simpatía les había revelado la extensión de una pasión tan fuerte, había tenido razón en desconfiar de sí mismo.

Cuando, al día siguiente, el señor de Aiglemont y su mujer se encontraron sentados en el coche sin su compañero de viaje, y cuando hubieron recorrido con rapidez el camino que en 1814 habían recorrido también, la marquesa, que ignoraba en aquel entonces aquel amor y que había maldecido su constancia, recibió mil impresiones olvidadas.

El corazón también tiene su memoria. Hay mujer que, incapaz de recordar los acontecimientos más graves, se acuerda toda su vida de las cosas que afectan á sus sentimientos. Julia tuvo un perfecto recuerdo hasta de los detalles más frívolos: reconoció con alegría los más ligeros accidentes de su primer viaje y hasta los pensamientos que se le habían ocurrido en ciertos lugares del camino. Víctor, que se había vuelto á enamorar locamente de su mujer desde el momento en que ésta había recobrado la frescura y la belleza de su juventud, se arrimó á ella de la manera que suelen hacerlo los amantes; pero cuando intentó cogerla entre sus brazos, Julia se desprendió de ellos con gracia y supo encontrar un pretexto para evitar aquella inocente caricia, no tardando en sentir horror al contacto, de cuyo calor participaba á causa de la manera como iban sentados. Julia quiso ponerse sola en la delantera del coche, pero su marido tuvo la galantería de cederle el fondo. Julia le dió las gracias por esta atención con un suspiro, y aquel antiguo seductor de guarnición, interpretando en provecho propio la melancolía de su mujer, la obligó á hablarle con una firmeza que no dejó de imponerle.

—Amigo mío—le dijo,—ya sabe usted que una vez estuvo á punto de matarme. Si fuese una joven sin experiencia, podría volver á hacer de nuevo el sacrificio de mi vida; pero soy madre, tengo que educar á una hija, y me debo tanto á ella como á usted. Suframos una desgracia que nos hiere por igual. Usted es el que menos puede quejarse. ¿No supo usted encontrar consuelos, que mi deber, nuestra dicha común y la naturaleza, sobre todo, me prohíben? Tenga usted —añadió,—pues ha cometido usted la torpeza de dejar olvidadas en un cajón tres cartas de la señora de Serizy. Mi silencio le probará que tiene usted una mujer llena de indulgencia, y que no exige de usted los sacrificios á que le condenan las leyes; pero he reflexionado bastante para saber que nuestros papeles no son los mismos, y que la mujer es la única predestinada á sufrir la desgracia. Mi virtud descansa en principios sólidos y fijos. Sabré vivir de un modo irreprochable, pero déjeme usted vivir.

El marqués, consternado por la lógica que las mujeres saben estudiar á la claridad del amor, quedó subyugado por esa especie de dignidad que les es natural en esa clase de crisis. La repulsión instintiva que Julia manifestaba por todo

lo que hería su amor, y los votos de su corazón, es una de las cosas más hermosas de la mujer, y provienen, indudablemente, de una virtud natural, que ni las leyes ni la civilización podrán destruir nunca. Pero ¿quién se atrevería á vituperar á las mujeres? Cuando ellas han impuesto silencio al sentimiento exclusivo que no les permite pertenecer á dos hombres, ¿no son como los sacerdotes sin creencia? Si algunos espíritus rectos vituperan la especie de transacción concluída por Julia entre ella y su amor, las almas apasionadas la tildarán de criminal. Esta reprobación general acusa ó la desgracia que espera á los que desobedecen las leyes ó una infinidad de tristes imperfecciones en las instituciones en que descansa la sociedad europea.

Dos años pasaron, durante los cuales los señores de Aiglemont hicieron la vida propia de las gentes de rango, yendo cada uno por su lado, y encontrándose en los salones con más frecuencia que en su casa; elegante divorcio este, que suele ser propio de muchos matrimonios del gran mundo. Por casualidad, los dos esposos se encontraron reunidos una noche en su salón. La señora de Aiglemont había tenido á comer á una de sus amigas, y el general, que comía siempre fuera de casa, tuvo el capricho de quedarse á acompañarlas.

—Señora marquesa, pronto va usted á ser muy feliz—dijo el señor de Aiglemont, colocando sobre una mesa la taza en que acababa de tomar el café.

El marqués miró á la señora de Wimphen con un aire medio malicioso y medio pesaroso, y añadió:

—Parto para una larga cacería, acompañado del montero mayor. Ocho días estará usted, lo menos, completamente viuda, cosa que me parece que no deja usted de desear... ¡Guillermo!—dijo al ayuda de cámara, que fué á quitar las tazas—da orden de que enganchen.

La señora de Wimphen era aquella Luisa á quien la señora de Aiglemont quería aconsejar en otro tiempo el celibato. Las dos mujeres se dirigieron una mirada de inteligencia, que probaba que Julia había encontrado en su amiga un confidente para sus penas, confidente cariñoso y caritativo, pues la señora de Wimphen era feliz en su matrimonio, y, en la situación opuesta en que se encontraban, la dicha de una era, sin duda, una garantía de su adhesión á la desgracia de la otra. En casos análogos, la semejanza

de destinos es casi siempre un poderoso lazo de amistad. —¿Es ahora tiempo de caza?—dijo Julia, dirigiendo una mirada indiferente á su marido.

El mes de marzo tocaba á su fin.

—Señora, el gran montero caza cuando quiere y donde quiere. Vamos al bosque real á matar jabalíes.

—Tenga usted cuidado que no le ocurra algún percance.

—La desgracia es siempre imprevista—replicó el general sonriendo.

—El coche del señor está dispuesto—dijo Guillermo entrando.

Aiglemont se levantó, besó la mano de la señora de Wimphen, y se volvió hacia Julia, diciéndole con aire suplicante:

—Señora, ¡si llegase á perecer víctima de un jabalí!

—Vamos, venga usted—dijo la señora de Aiglemont á Victor.

Y después se volvió como para decir á Luisa: «¡Ahora vas á ver!»

Julia tendió el cuello hacia su marido, que avanzó para besarla; pero la marquesa obró de tal suerte, que el beso conyugal fué á parar al cuello de la pelerina.

—Usted será testigo ante Dios, señora—repuso el marqués dirigiéndose á la señora de Wimphen,—de que necesito un decreto para obtener este ligero favor. He aquí cómo entiende el amor mi mujer. No sé por qué género de astucia ha sabido llevarme á este terreno... A los pies de ustedes.

Y salió.

—Vaya, tu pobre marido es verdaderamente un buenazo—exclamó Luisa cuando las dos mujeres se quedaron solas.—Y te ama.

—¡Ah! no añadas ni una sílaba á esa última palabra. El nombre que llevo me causa horror.

—Sí, pero Victor te obedece en todo—dijo Luisa.

—Su obediencia está, en parte, fundada en la gran estimación que yo le he inspirado—respondió Julia.—Con arreglo á las leyes, yo soy una mujer virtuosísima: procuro hacerle la casa agradable, cierro los ojos á sus intrigas, y no gasto ni un céntimo de su fortuna; puede derrochar las rentas á su antojo, pues yo únicamente le exijo que conserve el capital. A este precio, logro tener paz. El no se

explica ó no quiere explicarse mi existencia. Pero si conduzco de este modo á mi marido, no lo hago sin temer los efectos de su carácter. Soy como un conductor de osos, que tiembla ante la idea de que un día puede romperse el bozal. Si Víctor se creyese con derecho á no estimarme, no me atrevo á prever lo que podría ocurrir, pues es violento, tiene mucho amor propio y es, sobre todo, vanidoso. Si no tiene el talento bastante sutil para tomar una decisión prudente en una circunstancia difícil en que sus malas pasiones fuesen puestas en juego, es, en cambio, débil de carácter, y sin duda me mataría provisionalmente, aunque tuviese que morir de pesar al día siguiente. Pero esta fatal dicha no es de temer...

Hubo un momento de silencio, durante el cual los pensamientos de las dos amigas versaron sobre la causa secreta de aquella situación.

—He sido muy cruelmente obedecida—repuso Julia dirigiendo una mirada de inteligencia á su amiga.—Sin embargo, yo no le había prohibido que me escribiese. ¡Ah! me ha olvidado, y ha hecho bien. ¡Sería lástima que echara á perder su existencia! ¿No basta ya con la mía? ¿Crearás, querida mía, que leo los periódicos ingleses con la sola esperanza de ver su nombre impreso? Pues bien; en todo este tiempo aun no ha comparecido en la cámara de los lores.

—Pero ¿sabes el inglés?

—Sí, lo he estudiado; ¿no te lo había dicho?

—¡Pobrecilla!—exclamó Luisa cogiendo la mano de Julia.—¿Cómo puedes vivir aún?

—Esto es un secreto—respondió la marquesa dejando escapar un gesto de sencillez casi infantil.—Escucha. Tomo opio. La historia de la duquesa de..., en Londres, me ha sugerido esta idea. Ya sabes que Mathurin escribió una novela sobre esta materia. Mis gotas de láudano son muy débiles. Duermo. No me quedan más que siete horas diarias de estar despierta, las cuales dedico á mi hija.

Luisa miró el fuego, sin atreverse á contemplar á su amiga, cuyas penas sólo se mostraban por primera vez á su vista en toda su extensión.

—Luisa, guárdame el secreto—dijo Julia después de un momento de silencio.

De pronto, un criado entregó una carta á la marquesa.

—¡Ah!—exclamó ésta palideciendo.

—No hay que preguntar de quién es—dijo Luisa.

La marquesa leía y no oía nada; su amiga vió pintarse los sentimientos más activos y la exaltación más peligrosa en el rostro de la marquesa de Aiglemont, que tan pronto se ponía pálida como encarnada. Por fin, Julia arrojó el papel al fuego.

—Esta carta es incendiaria. ¡Oh! ¡el corazón me ahoga!

Se levantó y empezó á pasearse; sus ojos despedían fuego.

—¡No ha salido de París!—exclamó.

Sus entrecortadas palabras, que la señora de Wimphen no se atrevió á interrumpir, estaban intercaladas por espantosas pausas. A cada interrupción, las frases eran pronunciadas con un acento cada vez más profundo. Las últimas palabras tuvieron algo de terrible.

—Sin que yo lo supiese, no ha cesado de verme. Cada una de mis miradas sorprendidas por él le ayudaba á vivir. ¿No sabes, Luisa? Se muere, y quiere decirme adiós; sabe que mi marido se ausenta esta noche por varios días, y va á venir dentro de un momento. ¡Oh! ¡pereceré en este trance! ¡estoy perdida! Escucha, quédate conmigo. Delante de dos mujeres no se atreverá. ¡Oh! quédate, porque me tengo miedo.

—Pero mi marido sabe que he comido en tu casa, y tiene que venir á buscarme—respondió la señora de Wimphen.

—Pues bien, antes de que te marches, yo me encargaré de despedirle. Yo seré verdugo y víctima á la vez. ¡Ay de mí! creará que no le amo. Aquella carta, querida mía, contenía frases que han quedado grabadas en mi mente con caracteres de fuego.

Cuando decía estas palabras, se oyó que un coche paraba en la puerta.

—¡Ah!—exclamó la marquesa con una especie de alegría;—viene públicamente y sin misterio.

—¡Lord Grenville!—anunció el criado.

La marquesa permaneció de pie é inmóvil. Al ver á Arturo, pálido, delgado, y macilento, toda severidad se hacía imposible. Aunque lord Grenville estuviese violentamente contrariado al no encontrar á Julia sola, afectó calma y tranquilidad. Pero para aquellas dos mujeres iniciadas en el misterio de su amor, su actitud, el sonido de su voz y la expresión de sus miradas, tuvieron algo del poder atribuido

al torpedó. La marquesa y la señora de Wimphen quedaron como aleladas por la penetrante comunicación de un horrible dolor. El sonido de la voz de lord Grenville hacía palpitár tan cruelmente á la señora de Aiglemont, que ésta no se atrevía á responderle, por temor á revelarle la extensión del poder que ejercía sobre ella. Lord Grenville tampoco se atrevió á mirar á Julia; de manera, que la señora de Wimphen tuvo que iniciar una conversaci6n que carecía de todo interés, recibiendo en pago una cariñosa mirada de Julia, por medio de la cual ésta le daba las gracias por el auxilio que le prestaba. Entonces, los dos amantes impusieron silencio á sus sentimientos, y tuvieron que mantenerse dentro de los deberes prescritos por el deber y las conveniencias. Pero no tardaron en anunciar al señor de Wimphen. Al oírle entrar, las dos amigas se dirigieron una mirada, y comprendieron, sin hablarse, las nuevas dificultades de la situaci6n. Era imposible poner al señor de Wimphen en el secreto de aquel drama, y Luisa no tenía razones que alegar para pedir á su marido que la dejase permanecer en casa de su amiga. Cuando la señora de Wimphen se puso el chal, Julia se levantó como para ayudarle á abrochárselo, y le dijo en voz baja:

—Tendré valor. Habiendo venido públicamente á mi casa, ¿qué puedo temer? Pero sin tí, confieso que, en el primer momento, al verle tan cambiado, hubiera caído á sus pies. —Está bien, Arturo, veo que no ha querido usted obedecerme — dijo la señora de Aiglemont con temblorosa voz, yendo á tomar asiento en un confidente, que lord Grenville no se atrevió á llenar.

—No he podido resistir por más tiempo el placer de oír su voz y de estar á su lado. Era una locura, un delirio. Ya no soy dueño de mí. Me he examinado bien, estoy demasiado débil y tengo que morir. Pero morir sin haberla visto á usted, sin haber oído el ruido de sus faldas, sin haber recogido sus llantos, ¡qué horrible muerte!

Quiso alejarse de Julia, y su brusco movimiento hizo caer una pistola de su bolsillo. La marquesa miró aquella arma con ojos que no expresaban ni pasi6n ni indiferencia. Lord Grenville recogió la pistola, y pareció contrariado por aquel accidente, que muy bien podía ser tomado por una especulaci6n de enamorado.

—¡Arturo!—preguntó Julia.

—¡Señora!—respondió lord Grenville bajando los ojos.—Había venido desesperado, quería... Y se detuvo.

—¿Quería usted matarse en mi casa?—exclamó Julia.

—Sí, pero no solo—dijo con dulce voz.

—¿Cómo! ¿acaso á mi marido?

—No, no—exclamó con ahogada voz.—Pero tranquilícese, pues mi malvado proyecto se ha desvanecido. Cuando entré, cuando la vi á usted, comprendí que tenía valor para callarme y para morir solo.

Julia se levantó y se arrojó en brazos de Arturo, el cual, á pesar de los sollozos de su amada, pudo oír estas palabras que ella pronunció:

—Pues bien, sí, conocer la dicha y morir...

Toda la historia de Julia estaba resumida en aquel profundo grito de la naturaleza y del amor, al que succumben todas las mujeres sin religi6n. Arturo la cogió y fué á colocarla sobre un canapé, haciendo ese violento esfuerzo, á colocarla sobre un canapé, haciendo ese violento esfuerzo, hijo de toda dicha inesperada. Pero, de pronto, la marquesa se desprendió de los brazos de su amante, fijó en él unos ojos propios de toda mujer desesperada, le tomó la mano, cogió un candelabro y condujo á Arturo al dormitorio. Cuando llegó al lecho en que dormía Elena, recorrió con cuidado las cortinas, poniendo una mano delante de la bujía á fin de que la claridad no ofendiese los párpados transparentes y apenas cerrados de la niña. Elena tenía los brazos abiertos y sonreía en sueños. Con una mirada, Julia mostró su hija á lord Grenville. Aquella mirada lo decía todo.

«A un marido podemos abandonarle aunque nos ame, pues un hombre es fuerte y sabe consolarse. Podemos despreciar las leyes del mundo. ¡Pero un hijo sin madre!...»

Todos estos pensamientos y otros mil más tiernos encebaba aquella mirada.

—Podemos llevárnosla—dijo el inglés entre dientes.—La querré mucho...

—Mamá—dijo Elena despertándose.

Al oír estas palabras, Julia rompió en amargo llanto. Lord Grenville se sentó y permaneció un rato con los brazos cruzados, mudo y sombrío.

«¡Mamá!» Esta bonita y sencilla interpelaci6n, despertó tan nobles sentimientos y tan irresistibles simpatías, que el amor quedó un momento anulado por la potente voz de la

maternidad. Julia ya no fué mujer: sólo fué madre. Lord Grenville no pudo resistir por mucho tiempo aquella escena, y las lágrimas brotaron de sus ojos. En este momento, una puerta abierta con gran violencia produjo un gran ruido, y estas palabras: «Señora de Aiglemont, ¿dónde estás?» hicieron á los dos amantes el efecto de un rayo. El marqués había vuelto. Antes de que Julia hubiese podido recobrar su sangre fría, el general se dirigía de su habitación á la de su mujer. Estas dos habitaciones eran contiguas. Por fortuna, Julia hizo una seña á lord Grenville, el cual se introdujo en un gabinete tocador cuya puerta cerró con llave la marquesa.

—Aquí me tienes ya, esposa mía—dijo Víctor.—La partida de caza no se ha llevado á cabo y voy á acostarme.

—Buenas noches, pues. Yo también voy á hacer lo mismo; así es que déjame desnudarme.

—¡Qué mal humor tiene usted esta noche! Voy á obedecerle á usted, señora marquesa.

El general entró en su cuarto, Julia le acompañó para cerrar la puerta de comunicación, encaminándose luego con prisa á poner en libertad á lord Grenville. Recobró toda su presencia de ánimo y pensó que la visita de su antiguo doctor era cosa muy natural: podía haberle dejado en el salón para acostar á su hija, é iba á decirle que se fuese allá sin hacer ruido; pero cuando abrió la puerta del gabinete lanzó un agudo grito. Los dedos de lord Grenville habían sido cogidos y aplastados entre la puerta y la ranura.

—¿Qué te pasa?—le preguntó su marido.

—Nada, nada—le respondió Julia;—acabo de pincharme el dedo con un alfiler.

De pronto, la puerta de comunicación volvió á abrirse. La marquesa creyó que su marido iba á su lado para interesarse por el supuesto percance, y maldijo aquella solicitud, en la que no entraba para nada el corazón. Julia apenas tuvo tiempo para cerrar el gabinete tocador, y lord Grenville no lo tuvo para retirar su mano. El general se presentó de nuevo, pero la marquesa se había engañado, toda vez que lo que allí le llevaba era una inquietud personal.

—¿Puedes prestarme un pañuelo de seda? Ese estúpido Carlos me deja siempre sin pañuelo para la cabeza. Durante los primeros días de nuestro matrimonio, te preocupabas tú de todas estas cosas con tan minucioso cuidado, que me

aburrías. ¡Ah! ¡qué poco duró para mí y para mis corbatas la luna de miel! Ahora estoy en manos de estos profanos criados, que se burlan de mí.

—Tenga, aquí tiene usted un pañuelo. ¿No ha entrado usted en el salón?

—No.

—Acaso hubiera usted encontrado á lord Grenville.

—Pero ¿está en París?

—Al parecer.

—¡Ah! el buen doctor... Voy allá en seguida.

—No sé si se habrá marchado—exclamó Julia.

En este momento, el marqués estaba en medio del cuarto de su mujer, y se colocaba el pañuelo mirándose con complacencia al espejo.

—No sé dónde están los criados. Tres veces he llamado ya á Carlos y aun no se ha presentado. ¿Está usted también sin su camarera? Llámela usted, porque esta noche quisiera que me pusiera un cobertor más en la cama.

—Paulina ha salido—respondió con sequedad la marquesa.

—¡A las doce de la noche!—dijo el general.

—Es que le di permiso para ir á la Opera.

—¡Es raro eso!—repuso el marido al mismo tiempo que se desnudaba—porque me parece haberla visto cuando subía las escaleras.

—Entonces habrá vuelto ya—repuso Julia afectando impaciencia.

Después, como para no despertar ninguna sospecha en su marido, tiró del cordón de la campanilla, si bien con poca fuerza.

Los acontecimientos de aquella noche no fueron perfectamente conocidos; pero todos debieron ser tan sencillos y tan horribles, como lo son los incidentes vulgares y domésticos que preceden. Al día siguiente, la marquesa de Aiglemont se metió en la cama por algunos días.

—¿Qué cosa extraordinaria ha ocurrido en tu casa para que todo el mundo hable de tu mujer?—preguntó Ronquerolles á Aiglemont algunos días después de aquella noche de catástrofes.

—Créeme, no dejes nunca de ser soltero—dijo Aiglemont.—El fuego hizo presa en las cortinas del lecho en que dormía Elena, y mi mujer se asustó de tal modo, que, según



dice el médico, la tendré enferma lo menos un año. Se casa uno con una mujer bonita, y se afea; se casa uno con una muchacha llena de salud, y se vuelve enfermiza; cree uno llevar una mujer apasionada, y resulta fría; y la que nos parece fría es realmente tan apasionada, que nos mata ó nos deshonra. La criatura que parece más dócil y más amable, resulta terca y caprichosa, no dándose el caso nunca de que la caprichosa y testaruda se vuelva amable. La muchacha que es débil y complaciente, despliega pronto contra el marido una voluntad de hierro y una intención endemoniada. En una palabra, que estoy cansado del matrimonio.

—¿Del matrimonio, ó de tu mujer?

—Eso sí que sería difícil. A propósito, ¿quieres venir á Santo Tomás de Aquino á ver el entierro de lord Grenville?

—¡Singular pasatiempo! Pero ¿se sabe ya decididamente la causa de su muerte?—repuso Ronquerolles.

—Su criado asegura que permaneció una noche entera en el exterior de un balcón, para salvar el honor de su querida, ¡y como hace un frío tan endiablado estos días!...

—Esa abnegación será muy estimable en nosotros, que somos viejos; pero lord Grenville era joven y... por añadidura inglés; y estos ingleses quieren siempre singularizarse.

—¡Bah!—respondió Aiglemont—esos rasgos de heroísmo dependen de la mujer que los inspira, y seguramente que no era la mía la causa de la muerte de ese pobre Grenville.

## II

## SUFRIMIENTOS INAUDITOS

Entre el río Loire y el Sena se extiende una vasta llanura rodeada por el bosque de Fontainebleau y por los pueblos de Moret, Nemours y Montereau. Este árido país no ofrece á la vista más que raros montículos, y á intervalos, en medio de los campos, algunos trozos de bosque que sirven de retiro á la caza, terminándolo después por todas partes esas líneas grises ó amarillas propias de los horizontes de Solonia, de la Beauce y del Berri. En medio de esta llanura, entre Moret y Montereau, el viajero ve un antiguo palacio lla-

mado Saint-Lange, cuyos alrededores no carecen de grandeza ni de majestad. Posee magníficas avenidas de olmos, fosos, altos muros que lo cercan, jardines inmensos y las vastas construcciones señoriales que sólo pudieron ser construídas gracias á los productos de las exacciones, á los cortijos generales, á las conclusiones autorizadas, ó á las grandes fortunas aristocráticas destruídas hoy por el Código civil. Si algún artista ó algún soñador llega á perderse por casualidad en los caminos ó en las tierras que rodean los contornos de este país, se pregunta por qué capricho poético fué construído este palacio en aquella sábana árida, en aquel desierto de greda, de marga y de arena, donde la alegría muere, donde la tristeza nace infaliblemente y donde el alma se ve incesantemente fatigada por la silenciosa soledad y por el monótono horizonte, bellezas éstas negativas, pero favorables á los sufrimientos de los que no quieren consuelo.

Una joven, célebre en París por su gracia, por su figura y por su talento, y cuya posición social estaba en armonía con su gran celebridad, fué á establecerse allí á fines del año 1820, con gran asombro de los habitantes de la aldea, situada á una milla próximamente de Saint-Lange. Desde tiempo inmemorial, los cortijeros y los aldeanos no habían visto que el palacio tuviese dueño. Aunque el producto de esta tierra era considerable, estaba entregada á los cuidados de un administrador y guardada por antiguos criados. Esta es la razón de que el viaje de la señora marquesa causase una especie de asombro en todo el país. Varias personas estaban agrupadas al extremo de la aldea en el patio de una mala posada situada en el cruce de las carreteras de Nemours y de Moret, para ver pasar una calesa que iba con bastante lentitud, pues la marquesa venía de París con sus propios caballos. En la delantera del coche, la camarera llevaba una niña más bien melancólica que alegre. La madre yacía en el fondo del coche, cual si fuese una moribunda enviada por los médicos al campo. La abatida fisonomía de aquella joven delicada dejó muy poco satisfechos á los políticos de aldea, á los cuales, la llegada de la marquesa á Saint-Lange había hecho concebir la esperanza de que produjese algún movimiento en la comarca. Ahora bien, era indudable que cualquier especie de movimiento había de ser profundamente antipático á aquella mujer enfermiza.

La cabeza más privilegiada de Saint-Lange declaró por